

LACTANCIO

INSTITUCIONES  
DIVINAS

## LIBRO I

### SOBRE LA RELIGIÓN FALSA

*Plan de la obra:  
sacar del error  
a los que están  
en él y llevarlos  
a la verdad*

Ha habido hombres de enorme y ex- 1  
traordinario talento que, al entregarse to- 2  
talmente a la ciencia, dedicaron a la bús-  
queda afanada de la verdad, olvidando  
todos los asuntos privados y públicos,  
todo el esfuerzo que pudieron gastar; y es que pensaban  
que era mucho más honroso investigar y conocer el signifi-  
cado de las cosas humanas y divinas que entregarse al ha-  
cinamiento de riquezas y a la acumulación de honores;  
con las riquezas y honores, puesto que son frágiles y terre- 2  
nales y sólo afectan al cuidado corporal, nadie puede lle-  
gar a ser mejor, nadie puede llegar a ser más justo.  
Es cierto que esos hombres merecieron llegar al conoci- 3  
miento de la verdad, porque desearon conocerla con tanto  
afán y hasta tal punto, que la antepusieron a todo lo demás  
—consta, en efecto, que algunos deshicieron su patrimonio 4  
y renunciaron a todos los placeres para perseguir, libres  
y expeditos, única y exclusivamente la virtud; y entre ellos  
tenía tal valor la fama y la autoridad de la virtud que con-  
sideraron que en ella estaba el mejor de los premios—;  
pero no consiguieron lo que pretendían y perdieron al mis- 5

mo tiempo su trabajo y su esfuerzo, ya que la verdad, es decir, los secretos del sumo Dios que hizo todas las cosas, no puede ser abarcada por nuestra inteligencia y sentidos. Si no fuera así no habría ninguna diferencia entre Dios y el hombre, ya que el pensamiento humano podría llegar a las decisiones y disposiciones de la majestad eterna de  
6 Aquél. Y como no pudo suceder que los designios divinos se abrieran al hombre a través de sus propios esfuerzos, Dios no consintió que el hombre, en su búsqueda de la luz de la sabiduría, permaneciese más tiempo en el error y vagara a través de inextricables tinieblas sin obtener ningún resultado por sus esfuerzos: le abrió al fin los ojos y convirtió en regalo suyo el conocimiento de la verdad, para demostrar que el conocimiento de los hombres es nullo, y enseñar al que vagaba en el error el camino para conseguir la inmortalidad.

7 Pero como son muy pocos los que hacen uso de este beneficio y regalo del cielo, por cuanto la verdad está envuelta en tinieblas y o bien sirve de desprecio para los sabios, porque éstos exigen que sea defendida por personas idóneas, o bien de odio para los ignorantes, porque la verdad lleva consigo una aspereza que no puede ser tolerada por la naturaleza humana proclive al vicio —efectivamente, dado que las virtudes van mezcladas con sacrificios, mientras que los vicios se basan en el placer, los hombres, molestados por aquéllos y atraídos por éste, se dejan precipitar y abrazan, engañados por la apariencia de la felicidad, males por bienes—, creí conveniente prestar ayuda a los que erraban de esta forma, para que los sabios se dirijan hacia la verdadera sabiduría y los ignorantes hacia la verdadera religión. Esta profesión ha de ser considerada mucho  
8 más buena, más útil y más honrosa que aquella profesión de orador en la que, entrenados largo tiempo, enseñába-

mos a los jóvenes<sup>1</sup> a aguzar, no la virtud, sino abiertamente la malicia; ahora disertaremos con mucha mayor rectitud al hablar de los preceptos del cielo, con los cuales podemos instruir las mentes humanas en el culto de la verdadera majestad; y no presta a los hombres mejores<sup>9</sup> servicios el que ofrece una perfecta elocuencia que el que enseña a vivir con piedad y sin pecado. De ahí que entre los griegos merecieran mayor gloria los filósofos que los oradores. Y es que los primeros eran considerados como maestros del recto vivir, lo cual es, con mucho, lo más importante, ya que «el bien hablar» afecta a unos pocos, pero «el bien vivir» a todos.

De todas formas, aquellos ejercicios de pleitos ficticios<sup>2</sup> nos han servido de mucha ayuda en el sentido de que ahora podemos defender con mayor abundancia y facultad la causa de la verdad. Y es que ésta, si bien puede ser defendida, como lo ha sido muchas veces por muchos, sin elocuencia, sin embargo debe ser ilustrada y en cierta forma afirmada con claridad y brillantez en las palabras para que, armada con su propia fuerza y adornada con brillante forma, entre con más poderío en las almas. Efectivamente,<sup>11</sup> si algunos grandes oradores, veteranos por así decir en su profesión, se entregaron al final de su vida, tras haber recorrido su actividad forense, a la filosofía y consideraron a ésta como el más justo descanso para sus trabajos<sup>3</sup>, a pesar de que en la búsqueda de aquello que no podían encontrar atormentaron hasta tal punto su ánimo que daban la impresión de que, más que el descanso, buscaban

el trabajo y ciertamente con más molestias que las que habían soportado en su anterior profesión, ¡con cuánta mayor justicia me puedo entregar yo, como si de un puerto segurísimo se tratara, a la piadosa, verdadera y divina sabiduría, en la cual todo es apto para ser dicho, dulce al ser oído, fácil de ser entendido y honesto al ser comprendido! Y si hubo algunos sabios y jueces que dejaron escritas leyes de derecho civil, con las cuales se pudieron solucionar los pleitos y discusiones de ciudadanos litigadores, ¡con cuánta mayor razón y rectitud podré escribir yo sobre las leyes divinas, en las cuales no se hablará de goteras, ni de encauzamiento de aguas, ni de disputas, sino de la esperanza, de la vida, de la salvación, de la inmortalidad y de Dios, con el fin de adormecer las mortíferas supersticiones y los bajísimos errores!

17 Dejando, pues, a un lado a los filósofos de este mundo, que no aportan ninguna certidumbre, emprendamos el camino recto. Y es que, si yo pensara que éstos eran guías suficientemente idóneos para llevarnos a una vida recta, yo mismo los seguiría y aconsejaría a otros que los siguieran; pero es que, como no se ponen en absoluto de acuerdo entre ellos y se contradicen incluso a sí mismos muchas veces, está claro que su camino no es directo, por cuanto cada uno se abrió su propio camino a su gusto dejando enorme confusión entre los que buscan la verdad. Nosotros, sin embargo, que hemos recibido el sacramento de la verdadera religión, ya que la verdad nos ha sido revelada desde el cielo y tenemos a Dios como maestro del saber y como guía de la virtud, convocamos al alimento celestial a todos los hombres sin discriminación de sexo ni de edad: 20 y es que no hay ningún alimento más dulce para el alma que el conocimiento de la verdad.

A afirmar y explicar esta verdad he dedicado estos siete libros, a pesar de que este objetivo necesitaría una obra casi infinita e inmensa, hasta el punto de que, si alguien quisiera abarcar y alcanzar totalmente esto, le desbordaría tan gran abundancia de temas que sus palabras no encontrarían medida ni límite en un libro. Pero yo lo resumiré 21 todo brevemente, porque es tan claro y evidente lo que yo voy a aportar que lo que resulta realmente extraño es que siga pareciendo tan oscura la verdad a los hombres, sobre todo a esos que generalmente son llamados sabios; y también porque sólo pretendo instruir a los hombres, es decir, llevarlos desde el error en que están inmersos al camino recto. Y si consigo, como espero, esto, los enviaré 22 a la fuente misma de la doctrina, fértil y abundante, en la cual, tras sacar agua y beberla, aliviarán la sed concebida en sus entrañas y apagarán su fiebre; y todo será ya para ellos fácil, llevadero y claro, siempre que no desdeñen aplicar una paciente labor de lectura y aprendizaje a la recepción de la disciplina de la sabiduría. Y es que muchos, 23 apegados con pertinacia a las vanas supersticiones, se muestran duros ante la manifestación de la verdad, haciendo así, no un buen servicio a las religiones que erróneamente defienden, sino un mal servicio a ellos mismos, ya que, a pesar de tener abierto el camino recto, siguen senderos desviados; abandonan el llano, para deslizarse por precipicios; dejan la luz, para yacer, ciegos y débiles, en las tinieblas. A éstos habría que aconsejarles que no luchan contra 24 ellos mismos y que se decidan por fin a librarse de sus inveterados errores; y esto lo conseguirían sin duda si pensarán alguna vez en la razón de su nacimiento. Y es que 25 la causa de la maldad no es otra que la ignorancia de sí mismos; si conociendo la verdad rompieran con esa igno-

rancia, sabrían a dónde tienen que dirigir su vida y de qué modo tienen que vivirla.

Resumo brevemente el principio fundamental de esta ciencia: no se debe aceptar ninguna religión que no vaya acompañada de saber, ni se debe aprobar ningún saber que no vaya acompañado de religión <sup>4</sup>.

2

*El primer tema a tratar debería ser el de la Providencia.*

*Pero como es algo que va a salir*

2 *constantemente a lo largo de la obra, no va a entrar de lleno en él*

negó, y algunos otros, que pensaron que no existían los dioses, ¿qué otra cosa hicieron sino que se pensara que no existía ninguna Providencia? Sin embargo, éstos fueron duramente desautorizados por los demás filósofos y sobre todo por los estoicos, que enseñaron que el mundo no pudo ser creado sin una mente divina, ni podría mantenerse <sup>3</sup> si no fuera gobernado por una mente superior <sup>5</sup>. Pero es que incluso Marco Tulio, a pesar de ser un defensor de la doctrina de la Academia <sup>6</sup>, expuso muchos argumentos,

Aceptado, pues, el compromiso de explicar la verdad, no he considerado absolutamente necesario empezar por la cuestión que por naturaleza parece ser la primera: si es la Providencia divina la que rige todas las cosas o es la casualidad la que las ha hecho y gobierna. El inventor de esta idea fue Demócrito, y Epicuro el ratificador; pero ya antes Protágoras, quien puso en duda la existencia de los dioses, y después Diágoras, quien los

y muchas veces, en torno a la Providencia rectora, confirmando de esta forma los argumentos de los estoicos y añadiendo además otros muchos nuevos: esto lo hace en todos sus libros de filosofía y, sobre todo, en aquellos que tratan de la naturaleza de los dioses <sup>7</sup>. Y en verdad que con <sup>4</sup> el testimonio de los pueblos y de las gentes que están en total acuerdo en este tema no era difícil argumentar contra las mentiras de unos pocos con opiniones depravadas <sup>8</sup>. Nadie es, en efecto, tan torpe y de costumbres tan brutas <sup>5</sup> que, al levantar los ojos al cielo, aunque no sepa qué Providencia divina rige todo eso que ve, no entienda, a partir de la propia grandeza, movimiento, disposición, seguridad, utilidad, hermosura y equilibrio de las cosas, que existe alguna Providencia y que no puede suceder que eso que se mantiene con admirable orden no haya sido fabricado por una mente superior. Para mí sería muy fácil ahora <sup>6</sup> desarrollar esta cuestión extensamente, pero, como el tema ha sido ya muy discutido entre los filósofos, como ya hombres agudos y elocuentes han respondido suficientemente a los que niegan la Providencia, y como necesariamente tendré que hablar de vez en cuando a lo largo de la obra que ahora emprendo de la inteligencia de la divina Providencia, dejaré ahora al lado esta cuestión, que está con todas las demás en tal relación que, hablemos del tema que hablemos, tendremos que hacerlo también de la Providencia.

3                    Empecemos, pues, nuestra obra con la  
*Razonamientos*                    segunda y subsiguiente cuestión: si el  
*filosóficos*                    mundo es regido por el poder de un solo  
*en favor*                    Dios o por el de muchos. Nadie, al me-  
*de la existencia*                    nos nadie que tenga sentido común y que  
*de un solo Dios*                    piense el asunto profundamente, puede  
*y no de muchos*                    entender que no es uno solo el Dios que ha creado todo  
y que rige lo que ha creado con la misma inteligencia con  
2 que lo creó. Efectivamente, ¿qué necesidad hay de pensar  
en muchos dioses para mantener el gobierno de este mun-  
do? A no ser que pensemos que, si hay muchos, cada uno  
3 de ellos tiene menos fuerza y menos poder. Esto es justa-  
mente lo que hacen los que pretenden que existen muchos  
dioses, ya que esos dioses tienen que ser necesariamente  
débiles, por cuanto cada uno de ellos, sin la ayuda de los  
otros, no puede mantener el gobierno de una mole tan gran-  
de. El Dios, sin embargo, que es la inteligencia eterna, es  
4 en todas sus partes un poder perfecto y completo; y, si  
esto es así, debe ser necesariamente uno solo, ya que el  
poder o la facultad absoluta tiene en sí misma su propia  
fuerza; y debe ser considerado como sólido aquello a lo  
5 que nada puede faltar, y como perfecto aquello a lo que  
nada puede añadirse. ¿Quién puede dudar que el rey más  
poderoso sería aquel que tuviera dominio sobre todo el  
orbe? Y lo sería con razón, porque sería suyo todo lo que  
hay en todas partes y porque bajo su único mandato se  
6 reunirían las tropas de todos sitios. Pero, si fueran muchos  
los que se repartieran el orbe, cada uno de ellos tendría  
sin duda menos recursos y menos fuerzas, ya que cada uno  
7 estaría limitado dentro del territorio a él asignado. De la  
misma forma, también los dioses, si fueran muchos, se-  
rían, cada uno de ellos, menos poderosos, ya que los otros  
tendrían en sí mismos la misma porción de poder. Así pues,

la forma perfecta de poder puede estar en aquel del cual  
depende todo, antes que en aquel del cual depende una  
parte exigua del todo; y como Dios, si es perfecto —y 8  
debe serlo—, no puede ser sino uno solo, de forma que  
todo esté en él, hay que concluir que las facultades y pode-  
res de los dioses han de ser necesariamente débiles, porque  
a cada uno de ellos les faltará lo que está en manos de  
los otros. Así, cuantos más dioses haya, tanto más insigni-  
ficantes serán.

Y ¿qué decir del hecho de que ese sumo poder y esa 9  
fuerza divina no pueden dividirse ni siquiera una sola vez?  
Y es que todo lo que se divide participa necesariamente  
de la muerte; y como la muerte es algo que está muy lejos  
de Dios, porque éste es incorruptible y eterno, hay que  
concluir que el poder divino no puede dividirse.

Así pues, Dios es uno, porque no puede haber otra 10  
cosa que tenga la misma porción de poder que él y porque  
los que piensan que existen muchos dioses dicen que éstos  
se reparten entre sí las funciones. De todos estos dioses  
hablaré en su momento.

Ahora me mantengo en lo que afecta al tema actual- 11  
mente planteado; si han repartido entre ellos las funciones,  
volvemos a lo mismo: que ninguno de ellos puede ser sufi-  
ciente para todas las cosas y, en consecuencia, no será per-  
fecto aquel que, si le faltan los otros, no puede dirigirlo  
todo. De ahí se deduce que, para gobernar el mundo, es  
más necesario el poder perfecto de uno solo que la debili-  
dad de muchos. Y quien piense que esta tan enorme mole 12  
no puede ser gobernada por uno solo, se equivoca y no  
entiende cuán grande es la facultad y el poderío de la ma-  
jestad divina, si piensa que el Dios único que pudo hacer  
este mundo no puede gobernarlo tras haberlo creado.  
Pero si medita en la inmensidad de esta obra divina y 13

en que esa inmensidad, a pesar de que antes era la nada, fue creada desde esa nada por el poder y la voluntad de Dios —obra que no puede ser comenzada ni terminada sino por uno solo—, entenderá inmediatamente que es más fácil que sea gobernado por uno solo lo que ha sido creado por uno solo. Quizás algunos dirán que la enorme obra de este mundo no pudo ser creada por uno solo; pues bien, que piense en muchos, que piense en los más poderosos: cualquier magnitud, poder, facultad y majestad que él coloque en muchos, yo lo reduzco todo a uno solo y afirmo que todo ello está en uno solo, en el sentido en que todas estas cualidades están en él en una medida que no puede ser pensada ni expresada.

15 Pero, como en este tema nos falta capacidad de comprensión y palabras —ya que ni el corazón humano comprende la luz de tan gran inteligencia, ni la lengua de los hombres la explicación de hechos tan grandes—, conviene  
16 que yo dé a entender y explique esto. Tengo claro que mis adversarios pueden objetar, a su vez, esto: que lo que ellos entienden por «muchos» es lo que nosotros queremos decir con «uno». Pero esto no puede ser así, porque el poder de cada uno de ellos no podrá ir más allá de los límites que les impongan los otros; efectivamente, es necesario que cada uno tenga su parcela, de forma que, o bien no pueda pasarla, o bien, si la pasa, lo haga echando a  
17 otros de la suya —quienes piensan que hay muchos dioses no ven que puede ocurrir que sus voluntades sean divergentes, con lo cual puede surgir una disputa y lucha entre ellos; así nos pintó Homero a los dioses luchando entre sí, ya que unos querían y otros no que Troya fuera tomada—; consiguientemente, es necesario que el mundo sea  
18 gobernado por el arbitrio de uno solo. Y es que, si no reducimos a una sola Providencia el poder de cada una

de las partes, esa suma Providencia no podrá existir como tal, ya que cada una de esas partes cuidará solamente de aquello que le pertenece, de la misma forma que no habrá ejército si no está todo él bajo un solo general y guía: si en un ejército hubiese tantos generales como legiones, 19 cohortes, batallones y alas, entonces, en primer lugar, no podrían ser organizadas las filas en el campo de batalla, ya que cada uno trataría de evitar su propio peligro, y, en segundo lugar, no podría ser fácilmente dirigido ni gobernado, ya que cada uno seguiría sus propias decisiones, cuya diversidad es más nociva que provechosa. De la misma forma, si no estuviera al frente del gobierno de este mundo solamente uno, sobre el cual recaiga el poderío de la totalidad, el universo se destruiría y arruinaría. Por  
20 otro lado, decir que el mundo es gobernado por la voluntad de muchos, es lo mismo que decir que en un solo cuerpo hay muchas mentes por el hecho de que las funciones de los miembros son muchas y variadas, como si creyeran que cada uno de los sentidos corporales es regido por sendas inteligencias y como si pensaran igualmente que los muchos sentimientos, con los que solemos ser impulsados a la ira, al placer, a la alegría, al miedo o a la compasión, operan todos ellos gracias a otras tantas inteligencias. Si alguien dice esto, parecerá que no tiene ni siquiera la única inteligencia que tenemos.

Así pues, si en un solo cuerpo una sola inteligencia 21 posee el mando sobre tan importantes funciones y se extiende a todas ellas, ¿por qué puede haber alguien que piense que el mundo no puede ser regido por uno solo y sí por muchos? Y como estos defensores de los dioses se dan cuenta de esto, dicen que de la misma forma que estos dioses tienen a su cargo cada una de las cosas y partes, así también, por otra parte, hay un rector por encima de todos.

22 Pues entonces esos otros ya no serán dioses, sino satélites o ayudantes, ya que ese que es el más grande y poderoso de todos los ha puesto al frente de cada una de sus funciones, de forma que ellos tienen que servir a sus órdenes y voluntad. Si no son, pues, todos iguales, no son todos dioses, ya que no es lo mismo aquello que sirve que aque-  
23 llo que manda; es así que, al ser «dios» el nombre del sumo poder, ese Dios debe ser incorruptible, perfecto, im-  
pasible y no sometido a nada; luego no son dioses aquellos que necesariamente están obligados a obedecer al único y supremo Dios.

24 Pero, dado que quienes piensan de esa forma no están engañados sin razón, un poco más adelante descubriré el motivo de ese error. Ahora demostraré con testimonios que el poder divino es uno.

4 Los profetas, que fueron muchos, pre-  
dican un solo Dios, hablan de un solo  
*Autoridad de los profetas que ni están locos ni mienten al profetizar que Dios es uno* Dios, como quiera que, inspirados por el espíritu de un solo Dios, profetizaron el futuro con idéntica y acorde voz. Pero  
2 los que no participan de la verdad pien-  
san que no se debe creer en ellos, ya que dicen que sus  
3 palabras no son divinas, sino humanas; concretamente, que al hablar de un solo Dios, o bien estaban locos o bien mentían. Sin embargo, estamos comprobando que sus profecías se han cumplido y se cumplen todos los días; y la congruencia de sus predicciones demuestra que no estaban locos; efectivamente, ¿qué loco puede, no ya predecir el futuro, sino incluso decir congruencias? <sup>9</sup>.

¿Mentían entonces quienes decían tales cosas? ¿Qué 4  
más lejos de ellos que motivos para mentir cuando aparta-  
ban a los demás de todo tipo de engaños? Y es que eran  
enviados por Dios para ser pregoneros de su majestad y  
azotes de la maldad humana. Además, el deseo de fingir 5  
y mentir es propio de aquellos que apetecen favores y de-  
sean ganancias: y esto estaba muy lejos de aquellos santos  
varones. Efectivamente, desempeñaron la función que les 6  
había sido encomendada de tal forma que, abandonando  
todo lo necesario para mantener la vida, la vida no sólo  
futura, sino incluso la cotidiana, trabajaban contentándo-  
se con los alimentos imprevistos que Dios les suministraba.  
Y éstos no sólo no tenían ganancia alguna, sino que 7  
sufrían incluso tormentos y muerte; y es que los preceptos  
de la justicia son amargos para los que viven entre vicios  
y maldad, de forma que aquellos cuyos pecados eran de-  
nunciados y prohibidos los mataban atormentándolos cruel-  
mente. En definitiva, quienes no tuvieron afán de lucro,  
tampoco tuvieron deseos ni razones para engañar.

Y ¿qué decir del hecho de que hubo algunos príncipes 8  
y reyes de ellos, en los cuales no puede caer sospecha de  
ambición y engaño, y que, sin embargo, predicaron la uni-  
dad de Dios de la misma forma que los demás profetas?

Pero dejemos a un lado los testimonios 5  
de los profetas para no dar la impresión  
de ser poco hábiles al sacar esos testimo-  
nios de aquellos en los cuales no se cree  
en absoluto.

*Testimonio de los poetas y filósofos en favor de la existencia de un solo Dios*

Acerquémonos a los autores y citemos, 2  
para demostrar la verdad, a aquellos precisamente que ellos  
suelen utilizar en contra de nosotros: me refiero a poetas  
y filósofos. Es necesario que demostremos con sus pala-  
bras que Dios es uno, y no porque ellos llegasen al conoci-

miento de la verdad, sino porque la fuerza de la propia verdad es tanta que no puede haber nadie tan ciego que no vea la claridad divina que se introduce en sus ojos.

3 Pues bien, los poetas, si bien engalanaron a los dioses en sus poemas y exageraron sus hazañas con grandes alabanzas, muchas veces sin embargo confiesan que todo está contenido y gobernado por un solo espíritu y una mente.

4 Orfeo, que es el más antiguo de los poetas y contemporáneo de los propios dioses —se dice, en efecto, que navegó con los argonautas en compañía de los hijos de Tíndaro y de Hércules—, llama «protógonos» al dios verdadero y grande, porque nada fue engendrado antes de él, sino que todo fue creado por él <sup>10</sup>. También le llama «fanés», porque él fue el primero que apareció <sup>11</sup> y existió desde el infinito, cuando todavía no existía nada. Y, como no entendía su origen y naturaleza, dijo que había nacido del inmenso aire: «Faetonte, el primer nacido, hijo del aire inmenso» <sup>12</sup>. Y es que no tenía otra cosa que decir. De él dice que es el padre de todos los dioses, para los cuales hizo el cielo, velando para que sus hijos tuviesen un habitáculo y una sede común: «Construyó para los inmortales una morada imperecedera» <sup>13</sup>. Con la ayuda, pues, de la razón natural comprendió que existía un poder supremo,   
5 creador del cielo y de la tierra. Y es que no podía decir que Júpiter era el primero de los seres, ya que era hijo de Saturno; ni tampoco que lo era el propio Saturno, quien, según decía, había nacido del Cielo; y en cuanto al Cielo no se atrevió a considerarlo como el primer Dios, porque

veía que era un elemento del mundo que necesitaba, a su vez, de un autor. Estas razones le llevaron a ese dios «protógonos», al cual asigna y atribuye la soberanía.

Homero no nos puede decir en este tema nada que se acerque a la verdad, por cuanto escribió más de cosas humanas que divinas.

Sí puede hacerlo Hesíodo, que trata del nacimiento de los dioses en una obra que comprende un solo libro <sup>14</sup>; pero tampoco nos transmite nada de la verdad, ya que no empieza desde un dios creador, sino desde el caos, que es una confusa aglomeración de materia ruda y desordenada, cuando lo que debió hacer fue desentrañar ese propio caos: de dónde, cuándo y cómo empezó a existir y a mantenerse. Y es que, de la misma forma que todas las cosas han sido <sup>9</sup> dispuestas, ordenadas y hechas por algún artista, así también es necesario que esa materia haya sido modelada por alguien. Pues bien, ¿quién hizo esa materia sino el Dios a cuyo poderío está sometido todo? Pero Hesíodo rechaza <sup>10</sup> esta conclusión, por cuanto le horroriza llegar al conocimiento de la verdad. Y es que no compuso este poema, como él quería dar a entender <sup>15</sup>, en el Helicón por inspiración de las musas, sino que llegó a su composición con un bagaje de pensamientos y de preparación.

Marón, el primero de nuestros poetas, no estuvo muy <sup>11</sup> lejos de la verdad; sus palabras sobre el dios supremo, al que llamó «mente» y «espíritu», son éstas: «Al principio, al cielo, a las tierras, y a las líquidas llanuras, al brillante círculo de la luna y al astro hijo de Titán, los alimentó un espíritu interior, y una mente introducida en sus miembros mueve toda esa mole y se une íntimamente con todo

12 su gran cuerpo»<sup>16</sup>. Y para que nadie ignorara quién era ese espíritu que tenía tanto poder, lo explicó en otro lugar con estas palabras: «Dios penetra, en efecto, por todas las tierras, por los extensos mares y por las profundidades del cielo: de él toman, al nacer, su tenue existencia rebaños, animales de trabajo, hombres, todo tipo de fieras y cualquier ser vivo»<sup>17</sup>.

13 También Ovidio, al comienzo de su fascinante obra, confiesa, sin disimular en absoluto la denominación, que el mundo ha sido creado por Dios, a quien llama «fabricante» del mundo y artífice de las cosas<sup>18</sup>.

14 De todas formas, si Orfeo y estos poetas nuestros hubieran defendido siempre esto que intuyeron bajo la guía de la naturaleza, habrían poseído, abarcando la verdad, la misma doctrina que nosotros seguimos.

15 Pero dejemos a los poetas y vayamos a los filósofos, cuya autoridad es de más peso y cuyo juicio más seguro, ya que se cree que se dedicaron, no a inventar fábulas, sino a investigar la verdad.

16 Tales de Mileto, que fue uno de los siete sabios y que, según se dice, fue el primero que investigó las causas naturales, dice que todo nació del agua y que dios es la mente que da forma a todo eso que sale del agua<sup>19</sup>. De esta manera, puso la materia de las cosas en el líquido y colocó el principio y causa de su nacimiento en dios.

17 Pitágoras definió la divinidad así: es el ánimo que penetra y se extiende por todas partes del mundo y por

toda la naturaleza, del cual toman su vida todos los animales que nacen<sup>20</sup>.

Anaxágoras dice que Dios es la mente infinita que se mueve por sí misma<sup>21</sup>.

Antistenes, es verdad, dice que hay muchos dioses entre el pueblo, pero que el dios auténtico, es decir, el artífice del universo, es uno<sup>22</sup>.

Cleantes y Anaxímenes dicen que el supremo dios es el éter<sup>23</sup>. A esta opinión se adhiere nuestro poeta: «Entonces el padre omnipotente, el éter, con su lluvia fecundante, descendió al regazo de su gozosa esposa y él, grande, introducido en un cuerpo grande, alimentó a todos los seres»<sup>24</sup>.

Crisipo llama «dios» a la fuerza natural dotada de mente divina y a veces a la providencia divina. También Zenón llama así a la ley natural y divina<sup>25</sup>.

La opinión de todos éstos, aunque poco segura, tiende a lo mismo: el asentimiento común de que la providencia es una. Ya la llares «naturaleza», ya «éter», ya «razón», ya «mente», ya «providencia», ya «ley divina», ya otra

cosa, todo ello es lo mismo que nosotros llamamos «Dios». Y la diferencia de denominaciones no es obstáculo, ya que todas ellas, al tener el mismo significado, apuntan a lo mismo.

22 Aristóteles, si bien se contradice a sí mismo, y dice y piensa cosas contradictorias, atestigua sin embargo en definitiva que una sola mente está al frente del mundo <sup>26</sup>.

23 Platón, que es considerado como el más sabio de todos, defiende llana y lisamente la soberanía de uno solo y a éste le llama, no éter, ni razón, ni naturaleza, sino lo que es: Dios <sup>27</sup>. Por él, dice, ha sido fabricado este mundo perfecto y admirable.

24 Cicerón, siguiendo e imitando a Platón, confiesa a Dios frecuentemente en muchos sitios y le llama «supremo» en aquellos libros que escribió sobre las leyes <sup>28</sup>; y, cuando analiza la naturaleza de los dioses, argumenta que el mundo está regido por él con estas palabras: «Nada hay por encima de Dios. En consecuencia, el mundo debe ser gobernado necesariamente por él; e, igualmente, Dios no obedece ni está sometido a ninguna naturaleza; luego él gobierna toda la naturaleza» <sup>29</sup>. En lo que se refiere a la naturaleza divina, la define en *La Consolación*: «El propio Dios, tal como nosotros lo entendemos, no puede ser entendido sino como una mente absolutamente libre, apartada de toda concreción mortal, que anima y mueve todo» <sup>30</sup>.

También Anneo Séneca, que fue el más agudo filósofo estoico de los romanos, ¡cuántas veces alaba merecidamente al Dios supremo! Efectivamente, cuando habla de la muerte prematura, dice: «¿No comprendes la autoridad y majestad de tu juez, del rector del orbe de las tierras y del cielo, del Dios de todos los dioses, del cual dependen todas y cada una de las divinidades que adoramos y honramos?» <sup>31</sup>. Y también en *Las Exhortaciones*: «Dios, tras haber colocado los primeros fundamentos de esta maravillosa mole y haber puesto en marcha este mundo, el cual es lo más grande y mejor que conoce la naturaleza, y a pesar de que él mismo se extendió por todo el cuerpo del mismo, instituyó ministros de su gobierno, para que estuviera todo bajo el poder de sus generales» <sup>32</sup>. Y ¡cuántas otras muchas opiniones, semejantes a las nuestras, vertió sobre Dios! Pero ahora las paso por alto porque su cita será más oportuna en otro lugar. Ahora nos basta con demostrar que hombres de gran talento tocaron la verdad y la hubieran poseído casi, si no hubieran sido arrastrados hacia atrás por la acostumbrada ofuscación de depravadas opiniones, en virtud de las cuales pensaban que existían otros dioses y creían que todo aquello que Dios hizo para uso del hombre debía ser tenido y adorado como dios, como si estuviese dotado de sentido.

6

*Testimonio  
de los propios  
dioses paganos  
a través  
sobre todo  
de las Sibilas*

2

3

4

Pasemos ahora a los testimonios divinos.

Pero antes aludiré a uno que es casi divino, por su extraordinaria antigüedad y porque ese al que me referiré ha sido convertido de hombre en Dios. En una

obra de Cicerón<sup>33</sup>, el pontífice Gayo Cota, al polemizar contra los estoicos sobre las religiones y sobre las distintas opiniones que suele haber sobre los dioses, y con el fin de poner en duda, a la manera de los Académicos, todas las cosas, dice que hubo cinco Mercurios, y, tras enumerar por orden los cuatro primeros, dice que el quinto fue el asesino de Argos; que por esta causa huyó a Egipto e introdujo entre los egipcios las leyes y las letras. Los egipcios le llaman Thoith, del cual recibió nombre entre ellos el primer mes del año, es decir, Septiembre. Éste mismo fundó una ciudad que todavía hoy se llama en lengua griega «ciudad de Mercurio»; y los feneatas le adoran religiosamente. Pues bien, se trataba de un hombre, aunque muy antiguo y tan instruido en todo tipo de doctrina que sus conocimientos en muchos temas y artes determinaron que se le pusiera el nombre de Trismegisto<sup>34</sup>. Escribió libros y concretamente muchos de ellos referidos al conocimiento de temas divinos; en ellos acepta la majestad del sumo y único Dios y se dirige a él con las mismas palabras con

que nosotros le llamamos «señor» y «padre»<sup>35</sup>. Y para que nadie investigara su nombre, dijo que era «el sin nombre», ya que no necesita de la definición de un nombre propio, a causa precisamente de que él ya es único. Sus palabras son éstas: «Es un dios único; lo uno no necesita nombre: es, en efecto, un ser sin nombre»<sup>36</sup>. Dios no tiene, pues, nombre, ya que es único; y no es necesario un nombre concreto salvo cuando un conjunto exige una distinción entre sus componentes, para designar a cada uno de ellos con su propia marca y denominación. Para Dios, sin embargo, puesto que siempre es uno, su nombre propio es «dios».

Nos queda ahora sacar testimonios mucho más seguros de los versos y de los oráculos sagrados. Y es que es posible que esos contra los cuales estamos escribiendo piensen que no se debe dar crédito ni a los poetas, como inventores que son de vanas ilusiones, ni a los filósofos, porque pudieron errar, ya que ellos mismos fueron hombres. Marco Varrón<sup>37</sup>, más sabio que el cual no hubo nadie ni siquiera entre los griegos, en los libros sobre temas divinos que dirigió al pontífice máximo Gayo César, al hablar de los quincevros<sup>38</sup>, dice que «los libros sibilinos no son de una sola Sibila, sino que reciben la denominación única

de sibilinos porque todas las profetisas fueron llamadas sibilas por los antiguos, ya a partir sólo del nombre de la profetisa de Delfos, ya por su función de pregoneros de las decisiones divinas. Efectivamente, en el dialecto eólico a los dioses se les llama «sious» y no «theous», y a las decisiones, «boulas», y no «boules», de forma que se le llamaría «Sibila», porque era algo así como la «theoboule»<sup>39</sup> («la decisión de Dios»). Por otro lado, dice que las Sibilas fueron diez y cita a cada una de ellas al hablar de los autores que escribieron sobre las mismas. Dice que «la primera fue una profetisa persa, citada por Nicanor, el historiador de las hazañas de Alejandro de Macedonia; la segunda una libia, recordada por Eurípides en el prólogo de *Lamia*; la tercera, una de Delfos, de la que habla Crisipo en el libro que compuso sobre la divinización; la cuarta, de Cimeria, en Italia, nombrada por Nevio en sus libros sobre la guerra púnica y por Pisón en sus *Anales*; la quinta de Eritrea, de la que afirma Apolodoro de Eritrea que era conciudadana suya y que vaticinó que Troya iba a caer ante el ataque de los griegos, así como que Homero escribiría cosas falsas; la sexta de Samos, de la que dice Eratóstenes que él encontró noticias en los antiguos anales de los samios; la séptima, de Cumas, de nombre Amaltea, llamada por otros Herófile o Demófile: ésta envió al rey Tarquinio Prisco nueve libros, pidiendo por ellos trescientas monedas de Filipo; el rey, despreciando el elevado precio, se burló de la locura de la mujer; ella quemó tres libros en presencia del rey y pidió el mismo precio por los restantes; Tarquinio pensó que la locura de la mu-

jer iba en aumento; y como ella, quemando de nuevo otros tres libros se mantenía en el mismo precio, el rey cambió de opinión y compró el resto por las trescientas monedas de oro; posteriormente, con la restauración del Capitolio, aumentó el número de libros sibilinos, ya que todos los libros que figuraban bajo el nombre de una Sibila eran agrupados y traídos a Roma desde las ciudades itálicas, griegas y principalmente eritreas. La octava era del Helesponto, nacida en territorio troyano, en la aldea de Marmeso, cercana a la fortaleza de Gergitio: de ella escribe Heráclides del Ponto que vivió en tiempos de Solón y Ciro. La novena era de Frigia, la cual vaticinaba en Ancira. La décima, de Tíbur, de nombre Albunea, la cual es adorada como diosa en Tíbur, a las orillas del río Anio, en cuyo cauce se dice que se encontró una estatua de ella con un libro en la mano». Los poemas de todas estas Sibilas se conservan y pasan de mano en mano, a excepción de los de la de Cumas, cuyos libros están escondidos por los romanos, quienes consideran impío que alguien, salvo los quinceviros, los vea. Y cada una de estas Sibilas tiene sus propios libros, aunque se piensa de ellos, por figurar todos bajo el nombre de Sibilinos, que son de una sola; y su adscripción es confusa, de forma que no pueden ser aislados ni asignados cada uno a su autora, salvo el de la Sibila de Eritrea, la cual insertó su propio nombre en el poema y anunció que iba a ser llamada eritrea, cuando en realidad había nacido en Babilonia. Pero yo usaré sin distinción el nombre de Sibila cada vez que tenga que recurrir al testimonio de ellas.

Pues bien, todas estas Sibilas hablan de un solo Dios y sobre todo la de Eritrea, que es considerada como la más célebre y famosa de todas: efectivamente, Fenestela, cuidadísimo escritor, al hablar de los quinceviros, dice que

«restaurado el Capitolio, el cónsul Gayo Curión presentó ante el senado una propuesta para que se enviaran a Eritrea delegaciones que recogieran y trajeran a Roma los versos de la Sibila; y que, de esta forma, fueron enviados Publio Gabinio, Marco Otacilio y Lucio Valerio, los cuales trajeron a Roma cerca de mil versos transmitidos por personas privadas»<sup>40</sup>. Más arriba hemos apuntado que Varrón dice lo mismo.

<sup>15</sup> Pues bien, en estos versos que trajeron a Roma los delegados hay estos testimonios sobre la existencia de un solo Dios: «Un solo Dios, el cual manda solo, inmenso y eterno»<sup>41</sup>; que él fue el único Dios supremo que hizo el cielo y puso en él las estrellas: «El Dios único, el más elevado, el que hizo el cielo, el sol, los astros y la luna; <sup>16</sup> la fértil tierra y las olas del agua del mar»<sup>42</sup>. Y puesto que este Dios es, él solo, el creador del mundo y el artífice de las cosas, en las cuales se mantiene el mundo o que están en él, conviene, según el testimonio sibilino, que él solo sea adorado: «A él solo se honró como creador del mundo, el cual nació para la eternidad y de la eternidad»<sup>43</sup>. Otra Sibila, no importa cuál, al decir que está hablando a los hombres por boca de Dios, dice así: «Soy el único Dios y no hay otro Dios»<sup>44</sup>.

<sup>17</sup> Seguiría aduciendo el testimonio de las demás Sibilas, si no fuera porque éstos son suficientes y porque los reservo para ocasión más oportuna. De todas formas, cuando

tengamos que defender la causa de la verdad ante aquellos que, apartándose de ella, sirven a falsas supersticiones, ¿qué mejor prueba podemos aportar contra ellos que el derrotarlos con el testimonio de sus propios dioses?

*Dios es uno.  
¿Qué son  
sus ministros?*

Efectivamente, Apolo, a quien consideran más Dios que a los demás y el profeta por excelencia, a uno que en su residencia de Colofón —a donde pienso que se había retirado desde Delfos arrastrado por los atractivos de Asia— le preguntó quién o qué era en definitiva la divinidad, le respondió con veintiún versos, cuyo comienzo es éste: «El nacido de sí mismo, el no enseñado, el que no tiene madre, el no dividido, el que no contiene nombre en palabra, el que habita en el fuego: ése es Dios; nosotros, sus mensajeros, somos una pequeña parte de ese Dios»<sup>45</sup>. ¿Quién puede pensar que estas palabras se dijeron de Júpiter, el cual tuvo madre y nombre? Y ¿qué decir del hecho de que Mercurio Trismegisto, del que hablé antes<sup>46</sup>, llama a Dios no sólo el «sin madre», como Apolo, sino también el «sin padre»<sup>47</sup>, ya que no tiene origen en ningún sitio? Y es que no puede haber sido engendrado por nadie aquel que ha engendrado a su vez todas las cosas.

Pienso que ya he demostrado con suficientes argumentos y he confirmado con testigos que es cosa sobradamente

4 clara de por sí que uno solo es el rey del mundo, uno solo el padre, uno solo el señor. Pero quizás alguien nos pregunte lo mismo que pregunta Hortensio en Cicerón: «Si hay un solo Dios, ¿qué grado de felicidad puede tener la soledad?»<sup>48</sup>. Como si al decir que es uno solo, dijéramos  
5 también que está abandonado y solitario. Tiene sus ministros a los que llamamos ángeles. Es verdad que es cierto lo que reseñé que había dicho Séneca en sus *Exhortaciones*<sup>49</sup>: que Dios instituyó ministros de su gobierno; pero éstos ni son dioses ni desean ser llamados o adorados como dioses, ya que no hacen nada a espaldas de las órdenes y voluntad de Dios. Por otro lado, éstos no son los que son adorados como dioses por el vulgo, ya que su número  
6 es pequeño y fijo; y si los adoradores de los dioses piensan que ellos adoran a estos mismos a los que nosotros llamamos ministros del sumo Dios, no hay nada por lo que debamos envidiarlos, ya que nosotros defendemos la existencia de un solo Dios y negamos la de muchos. Que les gusta que sean muchos: les podemos conceder que son, no doce o trescientos sesenta y cinco, como dice Orfeo<sup>50</sup>, sino innumerables; utilizaremos contra sus errores los argumentos contrarios a los utilizados contra los que piensan que son pocos. De todas formas, que sepan con claridad el nombre con que deben ser llamados estos ministros, no sea que dañen al Dios verdadero, cuyo nombre profanan  
7 si se lo atribuyen a otros muchos; que crean a su Apolo, el cual, en el oráculo que cité<sup>51</sup>, de la misma forma que qui-

tó a Júpiter el liderazgo divino, así también quitó a los demás dioses el nombre; efectivamente, en el tercer verso señala que los ministros de Dios deben ser llamados, no dioses, sino mensajeros; aunque, en lo que respecta a él  
9 mismo, mintió, ya que, siendo un demonio, se incluyó entre los mensajeros de Dios; después, en otros oráculos, confesó que era un demonio; efectivamente, cuando se le preguntó cómo quería que se le adorara, respondió así: «Llámame el demonio omnisciente, omnisapiente, omnipresente». Igualmente, en otra ocasión, al rogársele que  
10 expusiera una oración para Apolo Esmintio, empezó con este verso: «Harmonía del cosmos, portador de la luz, demonio omnisciente». ¿Qué queda sino que confiese él mismo que está sometido a los golpes del Dios verdadero y a su castigo eterno? Y, efectivamente, en otro oráculo dice así: «Los demonios que andan por la tierra y por el mar están sometidos al azote del Dios infatigable»<sup>52</sup>. De estos  
11 dos tipos de demonios hablaremos en el libro segundo<sup>53</sup>. Ahora bástenos con recordar que, al intentar honrarse a sí mismo y colocarse en el cielo, confesó la verdad: el nombre que deben recibir aquellos que están siempre sirviendo a Dios.

Apártense, pues, los hombres de los errores y, rechazadas las depravadas religiones, conozcan a su padre y señor, cuyo poderío no puede ser estimado, ni su grandeza penetrada, ni su principio comprendido. Cuando el esfuerzo, agudeza y peso de la mente humana llega hasta él, se para, se clava, desfallece y no puede avanzar, como si hubieran desaparecido y se hubieran consumido todas las vías.<sup>12</sup>

13 Ahora bien, dado que todo aquello que existe tuvo que tener principio en algún momento, hay que concluir que, puesto que antes de él no hubo nada, él mismo fue creado a partir de sí mismo antes de todas las cosas. De ahí que Apolo le llame «el nacido de sí mismo»; la Sibila, «el engendrado de sí mismo», y «el no creado» y «el no hecho»<sup>54</sup>. Y esto lo vio la agudeza de Séneca en sus *Exhortaciones*: «nosotros», dice, «pendemos de otros; por eso miramos a alguien a quien debemos lo que de mejor hay en nosotros; uno nos hizo; otro nos enseñó; Dios se hizo a sí mismo»<sup>55</sup>.

8                   Pues bien, con todos estos tan numerosos y tan grandes testimonios se demuestra que el mundo está gobernado por el poder y providencia de un solo Dios, «cuya fuerza y majestad», según dice Platón en el *Timeo*, «es tan grande que debido a su enorme e inapreciable poderío, nadie puede entenderla en su mente ni explicarla con sus palabras»<sup>56</sup>.

2 ¿Podrá todavía alguien andar dudando de que haya algo difícil o imposible para un Dios que planeó en su providencia obras tan grandes y maravillosas, que las realizó con su facultad, que las perfeccionó con su razón, que ahora las mantiene con su espíritu, que las gobierna con su poder, que es inabarcable en su pensamiento, inefable y sólo conocido suficientemente por sí mismo? Por eso, a mí,

en las múltiples ocasiones en que medito sobre tan gran majestad, aquellos que adoran a los dioses me suelen parecer tan ciegos, tan irreflexivos, tan locos, tan semejantes a los animales mudos, que creen que quienes han nacido de unión de varón y hembra pueden tener algo de majestad y potestad divina, a pesar de que la Sibila de Eritrea dice: «No es posible que un Dios haya podido nacer de la unión de un hombre y una mujer»<sup>57</sup>. Y si esto es así, como lo es, está claro que Hércules, Apolo, Liber, Mercurio y el propio Júpiter fueron hombres como los demás, por cuanto han nacido de la unión de dos sexos. Pues ¿qué hay más extraño a un dios que una facultad como ésta, la cual fue concedida por él mismo a los mortales con el fin de que propagaran la especie y la cual puede quedarse en nada, si no hay sustancia corporal? En consecuencia, dado que los dioses son inmortales y eternos, ¿qué necesidad tienen de otro sexo? ¿Acaso para engendrar? ¿Para qué necesitan engendrar, si no necesitan descendencia, por cuanto ellos son eternos? Efectivamente, en los hombres y demás animales, la diferencia de sexo, el coito y la reproducción no tienen otra finalidad sino que todas las especies de seres vivos, los cuales han de morir por su propia condición de mortales, puedan conservarse en sucesivas generaciones; Dios, sin embargo, que es eterno, no necesita del otro sexo ni de sucesión. Podrá decir alguien que lo necesita «para poder tener ministros o alguien en quien pueda mandar». Y bien, ¿qué necesidad tiene del sexo femenino cuando él, que tal como se le llama es omnipotente, puede procrear hijos sin uso y ayuda de mujer? Y es que, si Dios concedió a unos diminutos animales el escoger a sus crías por la boca a partir de hojas

y de suaves hierbas <sup>58</sup>, ¿por qué va a tener que pensar alguien que Dios no puede reproducir, si no es a partir de una unión con alguien del otro sexo?

<sup>8</sup> Así pues, no hay nadie tan imprudente que no entienda que aquellos a los que los inexpertos y necios llaman y adoran como dioses fueron en realidad mortales. «¿Por qué entonces», dirá alguien, «fueron considerados como dioses?». Sin duda porque fueron reyes importantes y poderosos y porque, al convertirse en seres queridos para aquellos a cuyo servicio habían puesto sus facultades y para los cuales habían conseguido dones y técnicas nuevas, fue consagrado su recuerdo.

Si alguien duda de esto, que considere sus gestas y sus hechos, transmitidos en su totalidad por antiguos poetas e historiadores.

<sup>9</sup> Hércules, que, famoso y semejante a Africano por sus valerosas acciones, es tenido como un dios, ¿no es verdad que llenó con estupros, adulterios y placeres el orbe de la tierra que, según se dice, purgó él con sus correrías? Y no es extraño, puesto que ya él había sido engendrado en una acción adúltera de Alcmena <sup>59</sup>. ¿Qué podía haber de divino en quien, enajenado por sus propios vicios, inquieta, en contra de toda ley, con infamia, deshonor y vergüenza, a hombres y mujeres?

<sup>2</sup> Pero es que ni siquiera aquellos grandes y maravillosos hechos que llevó a cabo deben ser considerados tales que parezcan atribuibles a facultades divinas. ¿Qué tiene de ex-

traordinario vencer a un león y a un jabalí, rechazar aves con flechas, sacar del establo el ganado de un rey, vencer a las amazonas, robar un cinturón, o matar a unos caballos salvajes juntamente con su dueño? <sup>60</sup>. Éstas son acciones, sí, de un hombre fuerte, pero de un hombre. Y es que las cosas sobre las que venció son cosas frágiles y mortales. «No hay nada, en efecto», como dice el orador, «de tanta fortaleza que no pueda ser debilitado o roto con la espada o con la fuerza; dominar el espíritu y frenar la ira es propio de un hombre fuerte: esto no lo ha hecho ni lo pudo hacer nunca ése. Al que consiga esto no sólo le compararía yo con hombres ilustres, sino que le consideraría semejante a un Dios» <sup>61</sup>. Yo quisiera que Cicerón, para completar las virtudes de ese al que considera semejante a un Dios, hubiera hablado también del placer, del lujo, de la pasión y de la soberbia. Y es que no debe ser considerado más fuerte quien vence a un león que quien vence a esa violenta e interior fiera que es la ira; ni tampoco más quien rechaza rapacísimas aves que quien reprime sus avidísimas pasiones; ni más quien derrota a la luchadora Amazona que quien lo hace con el placer, destructor del pudor y de la fama; ni más quien saca estiércol de un establo que quien expulsa de un corazón unos vicios que, al ser interiores y propios, son más perniciosos que aquellos que pueden ser evitados y prevenidos.

De todo ello se deduce que solamente puede ser considerado varón fuerte aquel que es templado, moderado y ecuánime; y que, si alguien medita cuáles son las obras de Dios, considerará ridículas todas estas obras que los hombres necios admiran. Y es que éstas tienen como medi-

da, no los parámetros divinos —que ignoran—, sino la debilidad de sus propias fuerzas.

7 Y es que, ciertamente, todo el mundo sabe que Hércules no sólo sirvió al rey Euristeo —lo cual hasta cierto punto puede parecer honesto—, sino también a Onfale, impúdica mujer que le obligó a estar sentado a sus pies, cubierto con sus vestidos femeninos e hilando la rueca. ¡Detestable torpeza! Pero éste era el precio del placer. «¿Y es que tú», podrá decirme alguien, «piensas que se debe creer a los poetas?»<sup>62</sup>. ¿Por qué voy a pensarlo? Y es que estas cosas no las cuentan ni Lucilio ni Luciano, que no respetan ni a dioses ni a hombres, sino fundamentalmente aquellos que cantaban las alabanzas de los dioses.

9 Y ¿a quién vamos a creer, si no creemos a quienes hacen las alabanzas? El que piense que éstos mienten, que nos presente a otros autores en los que podamos creer, que nos enseñe quiénes son estos dioses, cómo y de dónde han salido, cuál es su fuerza, su número, su poder, qué hay en ellos digno de admiración, qué digno de culto, y cuál es, en fin, su rito cierto y verdadero. No nos presentará ninguno. Creamos entonces en esos autores que han hablado, no para criticar, sino para hacer propaganda.

Pues bien, Hércules navegó con los Argonautas y, airado con Laomedonte porque éste le negó la paga debida por la curación de su hija, asaltó Troya. Está claro, pues, de dónde salió y en qué tiempo vivió. Él mismo, tocado por la locura e insania, mató a su esposa e hijos. Y ¡los hombres piensan que es un Dios! No pensó así, sin embargo, su heredero Filoctetes, el cual puso la chispa en la pira en que Hércules iba a ser quemado, vio cómo sus miembros y carnes se quemaban y diluían, y enterró en el Mon-

te Eta sus huesos y cenizas, recibiendo por todo este trabajo las saetas de Hércules.

*Esculapio,  
Apolo, Marte,  
Cástor y Pólux,  
Mercurio,  
Liber y Júpiter*

En cuanto a Esculapio, nacido también él en una vergonzosa acción de Apolo<sup>63</sup>, ¿qué otra acción divina hizo sanar a Hipólito? Tuvo ciertamente una muerte ilustre, ya que mereció ser fulminado por un dios<sup>64</sup>. De él dice Tarquicio<sup>65</sup>, al hablar de hombres ilustres, que «nació de padres desconocidos, que fue abandonado y encontrado por unos cazadores, que fue alimentado con leche de perra, que, encomendado a Quirón, aprendió medicina, y que, si bien había nacido en Mesenia, vivió en Epidauró». Tulio señala igualmente que está sepultado en Cinosuro<sup>66</sup>.

Y ¿qué decir de Apolo, su padre? ¿No es verdad que, arrastrado por el amor en que ardía, espantó vergonzosamente el rebaño de otro y que, actuando por dinero —dinero que después le pudo ser negado impunemente—, construyó unos muros a Laomedonte?<sup>67</sup>. Él fue el primero en enseñar a un pérfido rey a no cumplir las promesas hechas a los dioses; y él mismo violó por amor a un hermoso joven y le mató por capricho.

El homicida Marte, liberado graciosamente por los atenienses de la pena capital para que no diera la impresión

de que era demasiado fiero y cruel <sup>68</sup>, cometió adulterio con Venus.

5 Los hermanos Cástor y Pólux dejaron de ser dos, al intentar raptar a las mujeres de otros; y es que Idas, irritado por la injuria, atravesó con la espada a uno de ellos; a partir de ahí, según cuentan los poetas, mientras uno vive, el otro está muerto y viceversa; de esta forma sucede, no sólo que no eran dioses, sino que son los más desgraciados de los mortales, ya que no pueden morir de una  
6 sola vez <sup>69</sup>. Sin embargo, Homero, en contra de la común opinión de los poetas, atestigua que ambos murieron juntos; efectivamente, en el pasaje en que nos describe a Helena sentada en los muros reconociendo a todos los príncipes de Grecia y buscando sólo a sus dos hermanos, pone tras sus palabras este verso: «Mientras ella decía estas cosas, la tierra los tenía a ellos bajo su superficie» <sup>70</sup>.

7 El ladrón y embaucador Mercurio ¿qué otra cosa dejó para renombre suyo sino el recuerdo de sus robos? Sin duda que es digno de estar en el cielo, porque enseñó la lucha y fue el primero que inventó la lira.

8 En cuanto al padre Líber, necesariamente debe gozar de gran autoridad y de prerrogativa en sus opiniones en el senado de los dioses, ya que, a excepción de Júpiter, fue el único de todos ellos que triunfó, que condujo un ejército y sometió a los indos. Pero ese invicto general en jefe de la India fue vergonzosamente derrotado por el amor

y el placer. Efectivamente, llegado a Creta en compañía <sup>9</sup> de un cortejo de afeminados, conquistó en el litoral a una impúdica mujer y, para no dar la impresión de ser excesivamente afeminado, quiso mostrarse como varón envalentonado por la confianza que le daba su victoria en la India, y tomó como esposa, hizo llamar Líbera y llevó consigo al cielo a una mujer que había traicionado a su padre, que había matado a su hermano y que había sido abandonada y repudiada por otro.

Y ¿qué decir del padre de todos éstos, Júpiter, que <sup>10</sup> en las oraciones solemnes es llamado Óptimo y Máximo? ¿Acaso no sabemos que desde su niñez fue un impío y casi parricida, ya que expulsó y ahuyentó del reino a su padre y no esperó, en su deseo de reinar, a la muerte del ya decrepito anciano? Y, una vez que se apoderó por la fuerza y las armas del trono paterno, fue atacado en guerra por los Titanes: este hecho es el comienzo de las desgracias de los hombres; derrotados al fin los Titanes y conseguida para siempre la paz, pasó el resto de su vida en medio de estupro y adulterios. Paso por alto las doncellas que <sup>11</sup> violó: esto suele ser considerado como tolerable. Pero lo que no puedo pasar por alto es el caso de Anfitrión y Tíndaro <sup>71</sup>, cuyas casas deshonró y difamó totalmente. Pero su mayor impiedad y crimen fue el rapto de un joven príncipe <sup>72</sup> para cometer en él estupro: y es que ser pecaminoso y sucio en el asalto al pudor de las mujeres le parecía poca cosa, si no añadía a ello la realización de un deshonesto pecado contra su propio sexo: éste es el verdadero adulterio, el que se comete en contra de las tendencias naturales. Pues bien, del que hizo estas cosas se podrá dudar si <sup>12</sup> <sup>13</sup>

era o no máximo, pero lo que está claro es que no era óptimo: esta denominación está muy lejos de poder ser aplicada a los corruptores, adúlteros e incestuosos, a no ser que nosotros, los hombres, al llamar pecaminosos a los que hacen tales cosas y considerar como perdidos y dignos de todo tipo de castigo a los mismos, estemos equivocados.

14 Neciamente acusó Marco Tulio a Gayo Verres de adulterio <sup>73</sup>: éste hizo simplemente lo mismo que Júpiter, a quien él adoraba; y neciamente acusó a Publio Clodio de incesto con su hermana <sup>74</sup>: ese Óptimo y Máximo tuvo a la misma mujer como hermana y como esposa.

11 Pues bien, ¿quién hay tan loco que piense que reina en el cielo aquel que ni siquiera en la tierra debió reinar? Cierta poeta, no sin gracia, nos describe el triunfo de Cupido <sup>75</sup>; y en este libro nos pinta a Cupido no sólo como el más poderoso de los dioses, sino incluso como el vencedor de todos ellos; efectivamente, tras haber enumerado los amores de cada uno de ellos, amores por los cuales habían caído todos ellos bajo el poder y dominio de Cupido, nos describe una procesión en la cual Júpiter, encadenado al lado de los demás dioses, marcha delante del carro del vencedor. Es cierto que esto son elegantes figuraciones del poeta, pero no distan mucho de la verdad. Y es que el que carece de virtudes y es dominado por la pasión y los malos placeres, está sometido,

do, no a Cupido, como imaginó este poeta, pero sí a la muerte eterna.

Pero dejemos la moral y centrémonos en el tema, para que la gente sepa en qué errores están sumergidos los desgraciados. El vulgo dice que Júpiter reina en el cielo: esto, que se evidencia en la religión, en las súplicas, en los himnos, en los templos y en las estatuas, es opinión común tanto entre los doctos como entre los ignorantes. Pero al mismo tiempo confiesan que es hijo de Saturno y de Rea; ¿cómo puede ser considerado como dios o, según quiere el poeta, como «creador de los hombres y de las cosas» <sup>76</sup> aquel antes de cuyo nacimiento existieron infinitos miles de hombres? A saber, aquellos que vivieron durante el reinado de Saturno, gozaron de la luz antes que Júpiter. Está claro, pues, que en los primeros tiempos hubo un rey y en los tiempos siguientes hubo otro; en consecuencia, puede suceder que en el futuro haya otro distinto: efectivamente, si en los primeros tiempos hubo un cambio de reinado, ¿por qué no vamos a poder esperar que lo haya en los tiempos futuros? Salvo que sea cierto que Saturno pudo engendrar a uno más poderoso que él y Júpiter no pueda hacerlo. Pero es que el imperio divino es siempre inmutable o, si es mutable —cosa que es imposible—, tendrá que ser siempre mutable. ¿Puede, pues, perder Júpiter su reino, como lo perdió su padre? Con toda seguridad. Efectivamente, si bien es cierto que no se abstuvo nunca de doncellas ni de casadas, sí se abstuvo sin embargo de Tetis, porque había un presagio que decía que el que naciera de aquella mujer sería más grande que su padre. Y digo «con toda seguridad», primero porque dio pruebas en esto de una ignorancia que no es propia

de un Dios, ya que, si Temis no hubiera revelado el futuro, por sí mismo no hubiera conocido este presagio; y si su actuación no es divina, él no era dios, ya que el concepto de «divino» procede de «dios», como el concepto de

11 «humano» procede de «hombre». Y, en segundo lugar, porque tenía conciencia de su propia debilidad, ya que temió a uno que sería mayor que él; y quien tiene este temor sabe a ciencia cierta que él no es el más grande,

12 como quiera que puede existir algo mayor que él. Él mismo jura religiosamente por la laguna Estigia, «la única a la que reverencian los dioses»<sup>77</sup>; ¿qué reverencia es ésta o por quién es dada? ¿Es que hay algún poder soberano que castiga a los dioses que perjuran? ¿Por qué los dioses, si son inmortales, tienen tanto miedo a la laguna infernal? ¿Por qué la temen si a ella no llegarán sino los que necesariamente tienen que morir? ¿Por qué entonces los hombres levantan sus ojos al cielo? ¿Por qué tienen que jurar por los dioses, cuando estos mismos dioses se vuelven a los infiernos y encuentran allí objetos de veneración y adoración? ¿Y qué es eso de que existen unos hados a los cuales

14 obedecen todos los dioses y el propio Júpiter? Si el poder de las Parcas es tan grande que están por encima de todos los dioses celestiales y del propio rey y señor de ellos, ¿por qué no se dice que son ellas las que reinan, bajo cuyas leyes y estatutos están necesariamente todos los dioses? ¿Acaso duda alguien de que aquel que está sometido a algo no puede ser el más grande? Porque, si lo es, no acepta, sino que hace hados.

15 Ahora vuelvo al tema que antes dejé. Sólo se abstuvo de una mujer, a pesar de que la amaba perdidamente, y no porque se dejara llevar por la virtud, sino porque tenía

miedo al descendiente. Y este temor es propio de aquel que es mortal, débil y nada, ya que, si hubiera tenido poder, le eliminaría al nacer, como fue eliminado su hermano mayor, el cual, si hubiera podido vivir, nunca habría consentido estar por debajo del menor. Y él mismo, escondido y criado furtivamente, fue llamado «Zeus» o «Zen», y no, como ellos piensan, por el resplandor del fuego celeste, ni porque sea el dador de la vida y el animador de los seres vivos, virtud que es propia sólo de un dios —¿qué vida puede dar aquel que ha recibido la suya de fuera?—, sino porque fue el primero de los hijos varones de Saturno que sobrevivió. Los hombres podían haber tenido otro dios soberano, si Saturno no hubiera sido engañado por su esposa.

Pero, dirá alguien, los poetas imaginaron todo esto. Se equivoca quien piensa así. Los poetas hablaban de hombres; lo que pasó es que, para ensalzar a aquellos cuyo recuerdo celebran con alabanzas, dijeron que eran dioses. En consecuencia, puede considerarse como fingido aquello que se refiere a los dioses, pero no aquello que se refiere a los hombres. Ello quedará claro con el ejemplo siguiente. Con el fin de violar a Dánae arrojó abundantemente sobre su regazo monedas de oro: éste fue el precio del estupro. Pero los poetas, que hablaban de él como de un dios, con el fin de no romper la autoridad majestuosa que se le tenía ya concedida, fingieron que él se deslizó sobre el regazo de ella en forma de lluvia de oro: se trata de la misma figura que aquella consistente en llamar «lluvia de hierro»<sup>78</sup> a las flechas y dardos que caen en gran número.

Se dice que raptó a Catamito en forma de águila: se trata de una figura poética. Pero lo más probable es que

o bien le raptó por medio de sus legiones, cuya insignia es el águila, o bien la nave en la cual fue transportado tenía como estatua protectora la de un águila, de la misma forma que tenía un toro cuando raptó y transportó a Europa.

20 De igual forma se nos transmite que a Ío, la hija de Ínaco, la convirtió en vaca, la cual, para huir de las iras de Juno —estaba ya asediada por sus dardos—, atravesó a nado, según se dice, convertida ya en vaca, el mar, llegó a Egipto y, recuperando allí su antigua apariencia, se convirtió en la diosa que ahora se llama Isis.

21 ¿Con qué argumentos podemos demostrar que Europa no se convirtió en toro ni Ío en vaca? Pues diciendo que en el calendario hay un día en que se festeja la travesía en barco de Isis: ello demuestra que navegó y no que nadó.

22 Pues bien, esos que se consideran a sí mismos como sabios, porque llegan a entender que un cuerpo vivo y terrenal no puede estar en el cielo, rechazan como falsa en su totalidad la historia de Ganimedes y no se dan cuenta de que eso, como cosa y placer terrenal que era, pudo lle-

23 varse a cabo en la tierra. Así pues, no fueron los poetas los que inventaron estas hazañas —si lo hubieran hecho, serían muy falaces—, sino que añadieron cierto color a las hazañas ya transmitidas. Y es que narraban estas cosas, no para denigrar a los dioses, sino por deseo de presentar-

24 las elegantemente. De ahí que los hombres sean engañados, ya que, al pensar que todo esto ha sido inventado por los poetas, no saben realmente lo que adoran. Desconocen, en efecto, cuál es la medida de la licencia poética y hasta dónde les está permitido llegar a los poetas en sus ficciones, cuando el oficio de poeta consiste precisamente en dar otra apariencia, mediante figuras indirectas y con cierta  
25 elegancia, a los hechos reales. Aunque fingir todo aquello

que se dice es ya propio de ineptos y de falaces y no de poetas.

Pero concedamos que son fingidas todas estas cosas<sup>26</sup> maravillosas que se creen. ¿Lo es también todo eso que se dice sobre las diosas y sobre los matrimonios de los dioses? ¿Por qué entonces son así representados en estatuas y son así adorados? ¿Acaso mienten no sólo los poetas, sino también los pintores y los escultores? Y es que, si<sup>27</sup> el Júpiter al que vosotros llamáis Dios es el Júpiter de los pintores y escultores y no el Júpiter que nació de Saturno y Ope, lo lógico sería que en todos los templos estuviera sólo la estatua de él. ¿Qué significan las estatuas de<sup>28</sup> sus mujeres? ¿Qué significa el sexo débil? Si es verdad que este Júpiter se mezcló con las mujeres, las propias piedras confesarán que es un hombre. Pero, dicen, son los poetas<sup>29</sup> los que mienten; y creen, sin embargo, a pintores y escultores. Pero la verdad es que los poetas no mintieron; porque los pintores y escultores representan las efigies de los dioses de tal forma que quede claro que de la propia amalgama sexual que reproducen es verdad lo que dicen los poetas. Pues ¿qué otro significado tiene el hecho de que la imagen de Catamito y la efigie del águila estén delante de los pies de Júpiter y sean adorados con él, sino que permanezca para siempre el recuerdo de su nefando crimen y de su estupro?

Así pues, lo que nos dicen los poetas no es todo ello<sup>30</sup> invención; quizás cambian algo o lo oscurecen con figuras indirectas, con el fin de ocultar la verdad. Es lo que sucede en el mito del reparto de los reinos. Dicen, en efecto, que a Júpiter le tocó el cielo, a Neptuno el mar y a Plutón los infiernos. ¿Por qué no fue la tierra la tercera parte en entrar a sorteo? Sencillamente porque todo el reparto se refiere exclusivamente a la tierra; la verdad es ésta: se<sup>31</sup>

repartieron y sortearon el dominio sobre la tierra de esta forma: el imperio sobre Oriente le tocó a Júpiter; a Plutón, de sobrenombre Agesilao, le tocó el Occidente y, como a la zona oriental por donde sale el sol se la llama superior, la de Occidente da la impresión de ser la inferior; de esta forma taparon la verdad con una mentira, para que la propia verdad no cercenara las creencias de las gentes; en cuanto al significado de lo que correspondió a Neptuno, está claro: su poder es el mismo que el infinito poder que se concedió a Marco Antonio, al cual concedió el Senado el poderío sobre toda la costa marítima, para que persiguiera a los piratas y apaciguara el mar; de esta forma, en manos de Neptuno cayeron todos los mares con sus islas. ¿Cómo se puede probar esto? Lo demuestran las viejas historias. Evémero<sup>79</sup>, antiguo autor de la ciudad de Mesena, recoge las hazañas de Júpiter y de todos los demás que son considerados dioses y compuso una historia a partir de los epígrafes e inscripciones sagradas que se encontraban en los viejos templos y sobre todo en el templo de Júpiter Trifilio; la inscripción del frontispicio de este templo indicaba que la columna de oro que allí estaba había sido colocada por el propio Júpiter; en ella escribió él sus propias hazañas para que sirviera de recuerdo de sus hechos a la posteridad. Esta historia fue traducida y continuada por Ennio; de él son estas palabras: «Júpiter da a Neptuno el imperio sobre el mar y sobre todas las

islas y el reino de todos los lugares que hay en las costas marítimas»<sup>80</sup>.

Así pues, es verdad lo que dicen los poetas, aunque esté velado por una especie de oscuridad y apariencia. Es posible también que el Monte Olimpo fuera el punto de partida de la figura poética consistente en decir que a Júpiter le correspondió el reino de los cielos; y es que «Olimpo» es una palabra de doble significado: significa «monte» y «cielo»<sup>81</sup>. La propia historia de Evémero demuestra que Júpiter habitaba en el Olimpo con estas palabras: «Por esta época Júpiter pasaba la mayor parte del tiempo en el Olimpo y allí venían a resolver todos sus pleitos ante él. Y si alguien encontraba algo que fuera útil para la vida humana, también venía allí y se lo mostraba a Júpiter»<sup>82</sup>.

De esta forma, los poetas nos presentan muchos hechos transformados, pero no con la idea de mentir en lo que se refiere a los dioses que adoran, sino para añadir a sus poemas cierta gracia y elegancia mediante figuras poéticas. Quienes no entienden de qué forma, por qué y en qué consisten las figuras, persiguen a los poetas como mentirosos y sacrílegos. En este error han caído incluso los filósofos, los cuales, al ver que las cosas que se contaban de Júpiter no eran dignas de un dios, hablaron de dos Júpiter, uno real y otro imaginario. Acertaron al ver que aquel del cual hablan los poetas es un hombre; pero se equivocaron, dejándose llevar por la vulgar superstición, al hablar del Júpiter real, ya que trasladaron a un dios el nombre de

un hombre: y es que Dios, puesto que es único, como ya dijimos, no necesita nombre y no se puede negar que Júpiter es aquel que nació de Ope y Saturno. Es vana, pues, la creencia de aquellos que atribuyen al Dios supremo el nombre de Júpiter. Algunos suelen justificar su error con esta excusa: que están convencidos de que existe un solo Dios, que ellos no pueden negarlo y que lo adoran; pero que les pareció bien llamarle Júpiter. ¿Qué más absurdo que esto? Júpiter no puede ser adorado sin la compañía de su esposa e hija; está claro de ello quién es Júpiter, y no puede dársele este nombre si no va acompañado de Minerva y de Juno. Y ¿qué decir del hecho de que el significado de este nombre no expresa una fuerza divina, sino humana? Efectivamente, Cicerón entiende que *Jovem* y *Juno* derivan de «ayudar» (*iuvare*) y que *Iup-piter* es algo así como «el padre» (*pater*) «que ayuda» (*iuvat*)<sup>83</sup>. Esta interpretación no conviene de ninguna forma a un dios, porque «ayudar» es propio de un hombre que da algo de apoyo a un prójimo y algo de pequeño beneficio. Nadie ora a la divinidad así: «Ayúdame», sino así: «Guárdame, concédeme vida y salud»; esto último es mucho más y más importante que la simple ayuda. Y, puesto que hablamos de «padre», hay que decir que lo que hace un padre con sus hijos no es «ayudar», sino «engendrar» y «educar». «Ayudar» es algo tan insignificante que, con esta palabra, no podemos expresar la magnitud del beneficio recibido de un padre. Con mucha mayor razón este verbo no conviene a Dios, que es nuestro verdadero padre, por el cual somos y del cual somos totalmente, por el cual hemos sido creados, animados e iluminados, el cual nos da la vida, nos concede la salud y nos suministra constantes alimentos.

No entiende los beneficios divinos quien piensa que él solamente es «ayudado» por Dios. Así pues, no sólo es un ignorante, sino también un impío, quien infravalora con el nombre de Júpiter los valores de la suprema potestad.

Pues bien, si ya hemos descubierto que Júpiter, por sus acciones y sus costumbres, fue un hombre y reinó en la tierra, nos queda que investiguemos también su muerte. Ennio, tras describir en la *Historia Sagrada*<sup>84</sup> sus hazañas, dice finalmente esto: «Después Júpiter, tras haber recorrido cinco veces la tierra, haber dividido su imperio entre sus amigos y parientes, haber dejado a los hombres leyes y costumbres, haber creado los alimentos y haber hecho otros muchos bienes, dejó, dotado de inmortal gloria y memoria, eterno recuerdo de sí mismo. Cuando ya acababa su vida, cambió de vida en Creta y se marchó junto a los dioses; los Curetes, sus hijos, le cuidaron y le adoraron. Su sepulcro todavía está en Creta, en la ciudad de Cnosos, ciudad fundada, según se dice, por Vesta; y en su sepulcro se encuentra escrito con letras griegas antiguas esto: ΖΑΝ ΚΡΟΝΟΥ, que en latín quiere decir: «Júpiter de Saturno»<sup>85</sup>. Esto es una tradición, no de poetas, sino de escritores de historias antiguas. Y esto es hasta tal punto cierto que está confirmado en los libros sibilinos, donde se dice esto: «Demonios inertes, ídolos de cadáveres deshechos, cuyas tumbas, que son vanidad, están en la desdichada Creta»<sup>86</sup>.

Cicerón, al recordar en el *Sobre la naturaleza de los dioses* que los teólogos hablan de tres Júpiter, dice que

el tercero es el cretense, hijo de Saturno, cuyo sepulcro se encuentra en dicha isla <sup>87</sup>.

<sup>49</sup> En consecuencia, ¿cómo es posible que el mismo dios esté en unos sitios vivo y en otros muerto, y que en unos sitios tenga un templo y en otros un sepulcro? Sepan, pues, los romanos que su Capitolio, ese centro principal de la religión estatal, no es otra cosa que un monumento vano.

<sup>50</sup> Pasemos ahora a su padre, que reinó antes que él y que quizás reúna en su persona más razones por las que se pueda decir que nació de la unión de los más importantes elementos. Veamos qué hay en él que sea digno de un dios: en primer lugar aquello que se dice de que vivió en una época de oro, ya que bajo su reinado existió la justicia <sup>51</sup> en la tierra. He aquí algo que no hubo en su hijo, pues ¿qué más conveniente a un dios que un régimen justo y <sup>52</sup> un reinado respetuoso? Pero, por la misma razón, pienso que tuvo nacimiento: no puedo pensar que él era el sumo dios, porque veo que hay algo más antiguo que él: el cielo y la tierra. Y yo busco un dios más allá del cual no haya nada y que sea la fuente y el origen de las cosas: y éste tiene que ser necesariamente el que hizo el propio cielo <sup>53</sup> y el que creó la tierra. Pero, en lo que se refiere a Saturno, si es que, como se piensa, nació de ellos <sup>88</sup>, ¿cómo puede ser el primer dios, cuando debe su nacimiento a otros? ¿Quién estuvo al frente del mundo antes de que Saturno fuera engendrado? Pero incluso esta historia del nacimiento de Saturno es, como decía poco antes, una invención poética: no pudo, en efecto, suceder que elementos insensibles y separados por tan gran intervalo se unieran y procrearan un hijo, y que el nacido no fuera esen-

cialmente semejante a sus progenitores, sino que tuviera una forma que no tenían sus padres. Veamos, pues, qué <sup>55</sup> hay de verdad en esta figura; Minucio Félix en el libro titulado *Octavio* argumenta así: «De Saturno se dice que es el hijo del Cielo, porque fue puesto en fuga por su hijo y llegó a Italia; y los hombres solemos decir que han caído del cielo aquellos cuyos valores admiramos y aquellos que aparecen de pronto. En cuanto a que era hijo de la Tierra, lo decimos porque llamamos hijos de la tierra a los que han nacido de padres desconocidos» <sup>89</sup>. Esto es verosímil, <sup>56</sup> aunque no es cierto, ya que consta que ya durante su reinado existía esta creencia. Pudo explicarlo así: Saturno, <sup>57</sup> como un rey poderosísimo, y para mantener el recuerdo de sus padres, identificó los nombres de éstos con el cielo y la tierra, a pesar de que antes eran llamados con otros nombres. Por este mismo procedimiento se pusieron nombres a montes y ríos: efectivamente, cuando los poetas <sup>58</sup> hablan de la descendencia de Atlante o del río Ínaco, no hablan concretamente de que los hombres pueden ser engendrados por cosas que carecen de sentido, sino que la verdad es que están aludiendo a aquellos que han nacido de hombres que dieron nombre a montes y ríos, ya cuando estaban vivos, ya una vez muertos. Esto es, en efecto, una <sup>59</sup> costumbre muy corriente entre los antiguos, y sobre todo entre los griegos. Así sabemos que sus mares han recibido nombre a partir de aquellos que cayeron en ellos: Egeo, Ícaro, Helesponto; en el Lacio, Aventino dio su nombre al montículo en el que fue sepultado, y Tiberino o Tibris al río en que fue sumergido. No es extraño, pues, que se <sup>60</sup> impongan al cielo y a la tierra los nombres de aquellos que engendraron a poderosísimos reyes. Está claro, pues, <sup>61</sup>

que Saturno no nació del cielo —lo cual es imposible—, sino de un hombre que tenía el nombre de Urano. Que esto es verdad lo atestigua Trismegisto, quien, cuando dice que «había muy pocos totalmente cultos», cita «entre ellos a Urano, Saturno y Mercurio, parientes suyos»<sup>90</sup>.

62 Minucio, dado que desconocía esto, lo explicó de otra forma; acabo de demostrar cómo pudo haberlo explicado.

Ahora diré cómo, dónde y quién fue el protagonista de esto: y es que no fue Saturno, sino Júpiter. Ennio, en 63 la *Historia Sagrada*, dice esto: «Después Pan le llevó al monte llamado estela del cielo; una vez que subió a él, contempló las tierras que se extendían a todo lo ancho y levantó allí, en aquel monte, un altar al cielo, siendo Júpiter el primer hombre que hizo sacrificios en este altar. Desde este lugar miró a lo que nosotros llamamos ahora «cielo» y a eso, que estaba por encima del mundo, y que se llamaba éter, lo llamó «cielo» a partir del nombre de su abuelo; y Júpiter, para aplacar a eso que se llamaba éter, fue el primero que lo llamó «cielo» y el primero que consumió totalmente la ofrenda que allí sacrificó»<sup>91</sup>. Sabemos además que no fue sólo Júpiter el que sacrificó aquí. También César cuenta que Aglaóstenes<sup>92</sup>, en su comentario a Arato<sup>93</sup>, dice que «cuando Júpiter se disponía a salir de la isla de Naxos para luchar con los Titanes y mientras hacía un sacrificio en la costa, voló por encima de él un águila a forma de auspicio, a la cual, una vez vencedor, puso bajo su tutela porque la aceptó como un buen agüero».

65 En la *Historia Sagrada* se dice también que «antes, un

águila se asentó sobre su cabeza y pronosticó su reino»<sup>94</sup>. ¿A quién, pues, pudo sacrificar Júpiter sino a su abuelo Cielo, del que dice Evémero que murió en Oceanía y que está sepultado en la ciudad de Aulacia?

*Interpretación  
estoica del mito  
de Saturno*

Una vez que he interpretado el significado oculto de los poetas y que he aclarado quiénes son los padres de Saturno, volvamos a sus valerosas acciones. En su 2 reinado «fue justo». No es, pues, dios: en primer lugar, por el propio hecho de que «fue»; en segundo lugar, porque ni siquiera fue justo, sino impío, y no sólo para con sus hijos a los que mató, sino también para con su padre, al que, según se dice, cortó los genitales, cosa que quizás pudo suceder en realidad.

Pero los hombres, en relación con el elemento que se 3 llama cielo, han lanzado toda una falsa historia burdamente tramada, historia que los estoicos, sin embargo, según es su costumbre, han intentado traducir a esquema físico; la opinión de éstos la expone Cicerón en su discusión sobre la naturaleza de los dioses: «Pretendieron», 4 dice, «demostrar que la altísima naturaleza celeste y etérea, es decir, ígnea, que engendra por sí misma todas las cosas, no tenía esa parte del cuerpo que necesita de la unión con otra para engendrar»<sup>95</sup>. Este esquema podía valer para Vesta, si hubiera sido varón. Efectivamente, de Vesta 5 piensan que es una virgen, por cuanto es el elemento inviolable del fuego y nada puede nacer de ese elemento, ya que éste consume todo aquello que arrebató. Ovidio 6 dice en los *Fastos*: «No consideres a Vesta otra cosa que llama viva; y sabes que de la llama no nace ningún cuerpo.

Con razón, pues, es virgen aquella que no echa semilla alguna ni la recibe, y ama a las compañeras en virginidad»<sup>96</sup>. El esquema también podía valer para Vulcano, quien también es considerado como fuego; a éste, sin embargo, no le castraron los poetas. Y también para el Sol, en el cual está la naturaleza y la causa de la procreación: en efecto, sin el calor ígneo del sol nada puede nacer ni crecer, de forma que ningún otro elemento tiene menos necesidad de genitales que el calor, ya que con su apoyo son concebidas, dadas a luz y alimentadas todas las cosas.

<sup>8</sup> Por último, aunque sea verdad lo que pretenden los estoicos, ¿por qué hemos de pensar que el Cielo fue castrado y no que nació sin genitales? Pues, si engendra por sí mismo, no necesitó ciertamente genitales cuando tuvo que engendrar a Saturno; y si los tenía y le fueron cortados por su hijo, en ese momento se habría acabado el nacimiento

<sup>9</sup> de las cosas y toda naturaleza. Y ¿qué decir del hecho de que quitan a Saturno su sensibilidad no sólo divina, sino incluso humana, cuando afirman que «éste es el Saturno que contiene el curso y cambio de los espacios y lugares y que en griego tiene el propio nombre de «tiempo»? Se llama, en efecto, Crono, que es lo mismo que «Chronos», esto es, «espacio de tiempo»; Saturno, a su vez, es llamado así porque está saturado de años»<sup>97</sup>. Éstas son las palabras de Cicerón al exponer la opinión de los estoicos. La inconsistencia de esta opinión puede ser fácilmente comprendida por cualquiera. Y es que, si Saturno es hijo de Cielo, ¿cómo pudo el Tiempo nacer del Cielo, o el Cielo ser apartado del Tiempo, o después, el Tiempo ser despojado del mando por su hijo Júpiter?; o ¿cómo nació Jupi-

ter del Tiempo?; o ¿con cuántos años pudo verse saturada una eternidad que no tiene fin?

*Saturno es,  
en definitiva,  
un hombre*

Así pues, si estas explicaciones de los <sup>13</sup> filósofos son vanas, ¿qué queda sino creer que los hechos sucedieron realmente, es decir, que un hombre fue castrado por otro hombre? Salvo que alguien piense que es dios quien tuvo miedo de su heredero, cuando, si hubiera tenido algo de divinidad, tendría que haber mutilado, no los genitales de su padre, sino los suyos, para que no naciera Júpiter, que fue en realidad quien le privó del reino. De él mismo se dice que, estando casado con <sup>2</sup> su hermana Rea, a la que en latín llamamos Ope, se le prohibió por un oráculo criar hijos varones, porque habría de suceder que sería destronado por un hijo; ante este temor, a sus hijos varones no es que los devorara, como dicen las falsas historias, sino que los mataba; aunque en la *Historia Sagrada* está escrito que «Saturno, Ope y todos los hombres de la época solían comer carne humana; y que Júpiter, al imponer leyes y costumbres a los hombres, fue el primero que prohibió con un edicto alimentarse de esta forma»<sup>98</sup>. Si esto es verdad, ¿qué justicia pudo haber <sup>3</sup> habido en él? Pero pensemos que es falso que Saturno devorara a sus hijos; habrá al menos alguna explicación: ¿quizás el hecho de que el pueblo llama «comer a los hijos» al hecho de «llevarlos en el féretro y enterrarlos»? Pero es que hay más: cuando Ope dio a luz a Júpiter, sustrajo al niño y lo envió a Creta a escondidas para que fuera criado; también en esto hay que reprender una in- <sup>4</sup> congruencia: ¿Por qué Saturno recibió el aviso oracular de otro? ¿Por qué el que estaba en el cielo no veía lo que

5 había en la tierra? ¿Por qué los coribantes le engañaron  
con los tambores? <sup>99</sup>. Finalmente, ¿por qué hubo una fuerza  
mayor que pudo vencer el poderío suyo? Sin duda que lo  
que sucedió fue que, ya anciano, fue fácilmente vencido y  
6 despojado del trono por un joven. Pues bien, una vez  
expulsado, huyó y marchó en barco a Italia, tras haber  
andado errante durante largo tiempo, como cuenta Ovidio  
en el libro de los *Fastos*: «Queda el tema de la nave. En  
una nave llegó a las aguas del Tusco el dios portador de  
7 la hoz tras haber errado antes por el orbe» <sup>100</sup>. Y éste,  
en su destierro e indigencia, fue recibido por Jano; este  
hecho es el que explican las viejas monedas, en las que,  
en una cara, aparece Jano con doble frente y en la otra  
una nave, según dice el mismo poeta a continuación: «La  
posteridad, agradecida, grabará en el bronce una nave, dan-  
do testimonio de la llegada de un dios como huésped» <sup>101</sup>.  
8 Así pues, no sólo los poetas, sino también los escri-  
tores de historias y de hechos antiguos coinciden en que  
fue un hombre; ellos nos han transmitido sus acciones en  
Italia: los griegos Diodoro y Talo, y los latinos Nepote,  
9 Casio y Varrón <sup>102</sup>. Efectivamente, cuando en Italia se  
vivía de una manera en cierta forma agreste «él encaminó

a esta raza indócil y dispersa por los altos montes, y les  
dio leyes y quiso que aquella tierra se llamara Lacio, por-  
que en sus orillas se había escondido para su seguridad» <sup>103</sup>.

¿Piensa alguien que puede ser un dios el que fue ex- 10  
pulsado, huyó y se escondió? No hay nadie tan tonto. Y  
es que quien huye y se esconde, necesariamente tiene mie-  
do de la violencia y de la muerte. Orfeo, que está bas- 11  
tante cerca de los tiempos de Saturno, dice claramente que  
éste reinó en la tierra y entre los hombres: «Crono fue  
el primero que reinó sobre los hombres de la tierra; y de  
Crono nació el más grande de los reyes, Zeus, de gran  
voz» <sup>104</sup>. Y también nuestro Marón: «El dorado Saturno 12  
llevaba esta vida en la tierra» <sup>105</sup>; y en otro lugar: «Los  
tiempos en que este rey reinaba, según es fama, fueron  
dorados: en plácida paz gobernaba a los pueblos» <sup>106</sup>; y 13  
ni antes ha dicho que viviera en el cielo, ni después que  
gobernara en paz a los dioses: de ahí se deduce que fue  
un rey terrenal; esto lo declara más abiertamente en otro  
sitio: «Éste recuperará de nuevo para el Lacio los dorados  
siglos que camparon en tiempos de Saturno» <sup>107</sup>.

Es cierto que Ennio, en su comentario a Evémero, 14  
dice que el primero que reinó no fue Saturno, sino su pa-  
dre Urano; «al principio», dice, «Cielo fue el primero que  
tuvo el sumo imperio en las tierras. Éste organizó y dispu-  
so este reino para él y para sus hermanos» <sup>108</sup>. No es 15  
mucho la diferencia: los grandes autores simplemente du-

dan entre el padre y el hijo. A pesar de todo, pudieron suceder ambas cosas: que en un primer momento Urano sobresaliera en poderío sobre los otros y tuviera el principado <sup>109</sup>, no el reino; y que después, Saturno consiguiera para sí mayores recursos y se adjudicase el nombre de rey.

14

*Versión  
de Evémero  
sobre Saturno  
y Júpiter*

Ahora, puesto que la *Historia Sagrada* disiente en algo de las cosas que he dicho, explicaré lo que literalmente se contiene en la misma, para no dar la impresión de que, a la hora de rechazar las

religiones, seguimos y aceptamos las necedades de los poetas. Éstas son las palabras de Ennio <sup>110</sup>: «Después, Saturno se casó con Ope. Titán, que era el hermano mayor, reivindicó para sí el reino. Entonces Vesta, madre de ellos, y sus hermanos Ceres y Ope convencen a Saturno para que no ceda a su hermano en asuntos del reino. Titán, que era más feo que Saturno, al ver que su madre y hermanas apoyaban a éste en la consecución del reino, consintió que éste fuera el rey; como consecuencia, hizo un pacto con Saturno en el sentido de que, si le nacía a éste un hijo varón, no le criaría. Esto lo hizo para que el reino volviera a sus hijos. De esta forma, mataron al primer hijo que nació de Saturno; luego, nacieron dos gemelos: Júpiter y Juno; llevan a la presencia de Saturno a Juno y esconden y entregan a Vesta, para que lo eduque, a Júpiter, ocultándose a Saturno. Igualmente, Ope da a luz a Neptuno a espaldas de Saturno y le esconde. De igual forma da a luz en un tercer parto a los gemelos Plutón y Glauca. Plutón es entre los romanos el padre Dite; otros le llaman Orco. Entonces muestran a Saturno a su hija

Glauca, pero ocultan y esconden a su hijo Plutón. Después, Glauca, todavía pequeña, muere. Ésta es, tal como nos ha sido transmitida, la estirpe y parentela de Júpiter y sus hermanos: de esta forma nos ha sido transmitida por la tradición sagrada». De igual forma, nos sigue diciendo <sup>7</sup> tras esto que «después, Titán, una vez que se enteró de que, a espaldas de él, le habían nacido hijos a Saturno y habían sido criados, se lleva consigo a sus hijos, llamados Titanes, captura a sus hermanos Saturno y Ope, los asedia y los somete a vigilancia».

La Sibila de Eritrea, al decir estas mismas cosas —sólo <sup>8</sup> discrepa en unas pocas que no atañen al fondo del asunto—, nos enseña hasta qué punto es verdadera esta historia. De esta forma, Júpiter se ve libre de la acusación de un <sup>9</sup> gran crimen: de que ató a su padre con grillos; y es que esto lo hizo su tío Titán, porque Saturno, en contra del pacto y del juramento, había tenido hijos varones. El resto <sup>10</sup> de la historia está tejido así: «Júpiter, siendo ya adulto, cuando se enteró de que su padre y su madre estaban sometidos a vigilancia y encarcelados, marchó con un gran ejército de cretenses, venció a Titán y a sus hijos, liberó a sus padres, devolvió el reino a su padre y regresó a Creta. Tras ello se le comunicó a Saturno su sino: que <sup>11</sup> debía tener cuidado de que su hijo no le expulsara del trono; para evitar este sino y escapar del peligro, asedió a Júpiter con intención de matarle; Júpiter, al conocer las asechanzas, reivindicó de nuevo para sí el reino y expulsó a Saturno. Éste, tras haber sido arrojado a través de <sup>12</sup> todas las tierras por las armas de sus perseguidores enviados por Júpiter para que le cogieran y eliminaran, encontró a duras penas en Italia un lugar donde esconderse».

15

*Los dioses  
paganos son  
hombres  
divinizados*

2

3

4

5

6

7

8

9

10

11

12

13

14

15

16

17

18

19

20

21

22

23

24

25

Una vez que nos consta por todo lo anterior que aquellos dioses eran hombres, no están ocultas las razones por las que empezaron a ser llamados dioses. Efectivamente, si bien es cierto que antes de

Saturno y Urano no hubo reyes, porque había unos pocos hombres que llevaban una vida agreste sin ningún jefe, no cabe duda de que en tiempos de ellos los hombres empezaron a ensalzar con grandes alabanzas y nuevos honores a sus reyes y a toda su familia, de forma que terminaron por llamarlos dioses, ya por lo maravilloso de sus facultades —esto era en verdad lo que pensaban aquellas mentes rudas y sencillas—, ya, cosa que es natural, por adulación a su poderío del momento, ya por los beneficios que habían proporcionado a la humanidad. Después, esos mismos reyes, al convertirse en seres queridos para aquellos cuya forma de vida habían beneficiado, fueron muy echados de menos una vez muertos. Como consecuencia, los hombres modelaron sus estatuas, con el fin de obtener algún consuelo de su contemplación, y, avanzando aún más, empezaron a adorar amorosamente el recuerdo de estos difuntos, para manifestar así su agradecimiento a quienes les beneficiaron y atraer a sus sucesores a una voluntad de gobernar dignamente.

Esto lo dice Cicerón en el *Sobre la naturaleza de los dioses* con estas palabras: «La experiencia humana y la general costumbre han puesto en práctica el levantar hasta el cielo con la fama y la gratitud a hombres que se distinguieron como benefactores. Tal es el origen de Hércules, de Cástor, de Pólux, de Esculapio, de Líber»<sup>111</sup>. Y en otro lugar: «Se puede fácilmente comprender que en la ma-

yoría de las ciudades el recuerdo de los hombres buenos ha sido santificado con honores divinos con el fin de promocionar la virtud y de que los mejores ciudadanos afronten con fuerte corazón los peligros en favor del estado»<sup>112</sup>. Con esta finalidad precisamente divinizaron los romanos a sus césares y los mauros a sus reyes.

De esta forma empezaron poco a poco a surgir las religiones: los primeros que conocieron a esos benefactores adoraron con el mismo ritual a sus hijos y nietos; después, lo hicieron con todos sus descendientes; y, por último, esos grandes reyes fueron adorados en todas las provincias<sup>113</sup> al correr la fama de su nombre. Particularmente, sin embargo, cada pueblo adoró con gran veneración a los fundadores de su gente o de su ciudad, ya fueran varones insignes por su fortaleza, ya mujeres admirables por su castidad: así, los egipcios a Isis; los mauros, a Juba; los macedonios, a Cabiro; los cartagineses, a Urania; los latinos, a Fauno; los sabinos, a Sanco; los romanos, a Quirino; y, de la misma forma, Atenas a Minerva, Samos a Juno, Pafos a Venus, Lemnos a Vulcano, Naxos a Líber, Delos a Apolo. De esta forma, los distintos ritos sagrados se extendieron por pueblos y regiones, ya que los hombres, en su deseo de mostrarse agradecidos para con sus príncipes, no podían encontrar ellos mismos nuevos ritos que ofrecer a los que iban muriendo. Además, las manifestaciones piadosas de las generaciones siguientes condujeron muchas de ellas al error: efectivamente, cuando alguien quería parecer que había nacido de estirpe divina, él mismo daba honores divinos a sus padres y ordenaba que le fue-

12 ran dados a él. O ¿puede alguien dudar que es éste el procedimiento de creación de religiones, cuando en Marón podemos leer estas palabras de Eneas dando órdenes a sus compañeros: «Ahora ofreced cálices a Júpiter y rogad con preces a mi padre Anquises»? <sup>114</sup>. Y a Anquises le concedió no sólo la inmortalidad, sino también el poder sobre los vientos: «Pidámosle vientos favorables; y que cada año, cuando yo haya fundado la ciudad, se digne aceptar que yo le haga semejantes sacrificios en los templos a él dedicados» <sup>115</sup>. Esto es lo que hicieron con Júpiter sus hijos Líber, Pan, Mercurio y Apolo, y lo que después hicieron con éstos sus sucesores.

A ello se suman también los poetas, quienes con poemas compuestos para agradar llevaron a éstos hasta el cielo: <sup>14</sup> es lo que hacen quienes adulan con falsos panegíricos incluso a reyes malos. Esta mala costumbre nació entre los griegos, cuya ligereza, aderezada con palabrería, produjo increíblemente gran cantidad de nebulosas mentiras. Efectivamente, en su admiración hacia ellos, fueron los primeros que aceptaron sus ritos y los transmitieron a todas <sup>15</sup> las gentes. La Sibila les increpa por tal vanidad de esta forma: «Hélade, ¿qué ideas tratas de extender en torno a hombres que fueron reyes? ¿Para qué entregas vanos regalos a los que ya han muerto? ¿Sacrificas a ídolos? ¿Quién puso en tu mente el error de hacer estas cosas abandonando el rostro del gran Dios?» <sup>116</sup>.

<sup>16</sup> Marco Tulio, que fue no sólo un orador perfecto, sino también un filósofo, ya que pasa por ser el único imitador de Platón <sup>117</sup>, en el libro en que se consuela a sí mismo

por la muerte de su hija, no dudó en decir que los dioses que son públicamente adorados son en realidad hombres. Su testimonio debe ser juzgado como algo serio, porque <sup>17</sup> fue sacerdote augural y porque da testimonio de que él mismo adoró y veneró a estos dioses. Así pues, en pocas <sup>18</sup> palabras nos da dos ideas: efectivamente, al mismo tiempo que confiesa que él divinizará la imagen de su hija de la misma forma que aquellos dioses fueron divinizados por los antiguos, nos enseña que éstos están muertos y nos muestra el origen de esa vana superstición; «a pesar de que <sup>19</sup> vemos», dice, «que muchos varones y hembras de la raza de los hombres son contados entre los dioses y a pesar de que veneramos sus augustos templos en ciudades y campos, hagamos caso a la sabiduría de aquellos por cuyo talento y descubrimiento hemos cultivado y desarrollado toda nuestra vida de acuerdo con las leyes e instituciones. Y es que, si había en algún momento que divinizar a <sup>20</sup> algún animal, al instante se le divinizaba; si había que elevar hasta el cielo con la fama a la familia de Cadmo, Anfitrión o Tíndaro, sin duda se le daba ese honor. Y yo haré esto mismo, y a ti, la mejor y más sabia de las mujeres, te divinizaré con la aprobación de los dioses, tras haberte colocado en compañía de ellos siguiendo la opinión de todos los mortales» <sup>118</sup>. Quizás alguien dirá que Cicerón <sup>21</sup> deliraba a consecuencia de su excesivo dolor. Todo lo contrario: todas sus palabras e ideas, construidas con ejemplos y de acuerdo con las normas de un tipo de oratoria, no son las de un enfermo, sino las de un ánimo y un juicio firmes; y esta misma opinión que acabo de aducir no muestra ningún indicio de dolor: y es que, pienso yo, él no <sup>22</sup> habría podido escribir tan variada, abundante y elegante-

mente, si su propia razón, el consuelo de los amigos y el  
23 paso del tiempo no hubieran mitigado ya su dolor. Y ¿qué  
decir del hecho de que él manifiesta lo mismo en los libros  
*Sobre la república*, y lo mismo en los libros *Sobre la gloria?*<sup>119</sup>. Y en los libros *Sobre las leyes*, obra en la que  
pretendía, siguiendo a Platón, implantar leyes de las que  
pensaba que iba a servirse una ciudad justa y sabia, dog-  
matizó así sobre la religión: «Adorad a los dioses, a aque-  
llos que siempre han sido considerados como celestes y a  
aquellos que por sus méritos fueron colocados en el cielo:  
Hércules, Líber, Esculapio, Cástor, Pólux, Quirino»<sup>120</sup>.  
24 Igualmente, en *Las Tusculanas*, al apuntar que casi todo  
el cielo está lleno de hombres, dice: «Al intentar escudri-  
ñar los hechos antiguos y sacar de ellos las cosas que nos  
transmitieron los autores griegos, encontramos que aque-  
llos que son considerados dioses de las familias más ilus-  
25 tres han sido elevados al cielo por nosotros. Consiguientemente,  
dado que se nos muestran sus sepulcros en Grecia, acuérdate,  
puesto que ya eres un iniciado, de lo que se nos transmite  
en sus misterios: entonces comprenderás finalmente cuán  
26 evidente es esto»<sup>121</sup>. Pone, pues, a la conciencia de Ático  
de testigo de que de los propios misterios se puede entender  
que todos aquellos que son adorados fueron hombres, y, si  
bien de Hércules, Líber, Esculapio, Cástor y Pólux, lo dice  
expresamente, sobre Apolo y Júpiter, padre de éstos, y tam-  
bién sobre Neptuno, Vulcano, Marte y Mercurio, a los que  
llama dioses de las familias ilustres, no se atreve a confesarlo  
abiertamente.  
27 Y por eso dice «que esto es evidente», para que apliquemos

lo mismo a Júpiter y demás dioses antiguos, cuyo recuer-  
do, si fue divinizado por los antiguos de la misma forma  
que Cicerón dice que va él a divinizar la imagen y el nom-  
bre de su hija, puede ser olvidado por los tristes, pero no  
por los creyentes<sup>122</sup>. Pues ¿quién hay tan loco que, si-  
28 guiendo la opinión y el gusto de innumerables estólicos,  
piense que el cielo se abre para los muertos y que alguien  
puede dar a otro lo que él mismo no tiene? Entre los  
29 romanos Julio es considerado como dios, porque así lo  
quiso el criminal Antonio; lo es Quirino, porque así les  
pareció a unos pastores: y eso, a pesar de que uno mató  
a su hermano y el otro a la patria<sup>123</sup>. Y si Antonio no  
30 hubiera sido cónsul, Gayo César, por sus grandes méritos  
para con la patria, no hubiera merecido siquiera el honor  
de la sepultura: tal era la opinión de Pisón, su suegro,  
y de su pariente Lucio César, que se opusieron a que le  
hicieran funerales, y del cónsul Dolabela, quien arrancó  
la columna, es decir, el túmulo que se le había puesto en  
el foro y así purificó el foro. Que Rómulo fue añorado  
por los suyos lo declara Ennio, en cuya obra el pueblo,  
doliéndose por la muerte de su rey, dice esto: «¡Oh Ró-  
31 mulo, Rómulo divino, gran guardián de la patria te hicie-  
ron los dioses! Tú nos llevaste a las fronteras de la luz,  
oh padre, oh progenitor, oh sangre de dioses»<sup>124</sup>; ante  
32 esta nostalgia es fácil que se diera crédito a las mentiras  
de Julio Próculo, quien fue sobornado por los senadores

para que dijera al pueblo que había visto a su augusto rey en apariencia humana y que éste le mandaba al pueblo para que se le hiciera un templo, y que le había dicho que era un dios, y que se le llamara Quirino <sup>125</sup>. Con ello convenció al pueblo de que Rómulo se había sumado al número de los dioses y libró al senado de la sospecha de asesinato real.

16 Podría sentirme contento con lo que  
*Otros errores de las religiones: que existan diosas*  
2 ya he dicho, pero quedan todavía por decir muchas cosas necesarias para la obra que he planificado. Pues aunque yo, al destruir la propia raíz de las religiones, las haya eliminado todas, me está, sin embargo, permitido tratar otras cosas y rechazar totalmente inveteradas creencias, para que al fin los hombres se avergüencen y  
3 arrepientan de sus errores. Empresa grande y digna de un hombre esa de «voy a librar a los hombres de los nudos de las religiones» <sup>126</sup>, como dice Lucrecio, aunque él no pudo realmente hacerlo, porque no aportó ninguna verdad. Yo, que confieso al Dios verdadero y niego a los falsos, tengo ahora esta misión.

4 Pues bien, aquellos que piensan que los poetas se han inventado falsas historias sobre los dioses y creen, sin embargo, que hay diosas hembras y las adoran, caen, ignorantes, en el mismo error que niegan: que los dioses se  
5 aparean y paren. Efectivamente, no puede suceder que haya dos sexos, si no es para procrear; pero ellos, tras aceptar la diversidad de los sexos, no entienden que la consecuencia inmediata es la concepción, cosa que no es posible que suceda en un dios. Pero ellos sí lo creen así: dicen,

en efecto, que existen hijos de Júpiter y de los demás dioses; nacen, pues, y todos los días, nuevos dioses: ni siquiera 6 son superados por los hombres en fecundidad. La consecuencia es que todo está lleno de innumerables dioses, ya que no muere ninguno. Efectivamente, si la fuerza de los 7 hombres es increíble y su número inestimable, a pesar de que éstos, de la misma forma que nacen, mueren, ¿cuál pensaremos que es en último término el número de dioses, cuando han estado naciendo durante siglos y han permanecido inmortales? ¿Por qué entonces son adorados tan 8 pocos? A no ser que pensemos que la existencia de dos sexos en los dioses tenga por finalidad, no la procreación, sino la consecución de placer y que ellos realizan actos que avergüenzan a los insignificantes de los hombres cuando los hacen y prueban. Pero dado que dicen que unos nacen de 9 otros, hay que concluir que siempre están naciendo dioses, si es que nacieron alguna vez; pero si dejaron ya de nacer dioses, conviene que sepamos por qué y cuándo dejaron de nacer. No sin gracia, Séneca, en sus libros de 10 filosofía moral, dice esto: «¿Cuál es la causa por la que, según los poetas, el lujurioso Júpiter dejó de tener hijos? ¿Acaso porque se hizo sexagenario y la ley Papia le impuso una fíbula? <sup>127</sup>. ¿O acaso consiguió el derecho de los tres hijos? <sup>128</sup>. ¿O acaso le vino al fin a la mente aquello de «espera de otro lo que tú has hecho a alguien» <sup>129</sup> y

temió que alguien le hiciera a él lo que él hizo a Saturno?»<sup>130</sup>.

11 Pasando a otra cosa: que quienes aceptan la existencia de los dioses vean de qué forma pueden responder al silogismo siguiente: si son dos los sexos de los dioses, hay que concluir que se unen; si se unen, han de tener necesariamente casas: y es que no carecen de virtud y de pudor como para hacer esto en promiscuidad y públicamente, como vemos que hacen los mudos animales; si tienen casas, hay que concluir que tienen también ciudades, según el testimonio de Nasón que dice: «la plebe habita aparte; en el frente y a los lados los dioses poderosos han puesto sus penates»<sup>131</sup>; si tienen penates, tendrán también campos. ¿Quién no ve ya cuáles son las consecuencias que se siguen? Aran y cultivan campos, oficio que hacen para alimentarse; luego son mortales.

14 Y este silogismo vale también a la inversa: si no tienen campos, no tienen ciudades; si no tienen ciudades, no tienen casas; si carecen de casas, carecen también de relaciones carnales; si no tienen relaciones carnales, no tienen sexo femenino; ahora bien, sabemos que entre los dioses existen también hembras: luego no son dioses. Que refute este silogismo el que pueda: y es que una consecuencia sigue de tal forma a la otra que se hace absolutamente necesario aceptar la última.

16 Nadie podrá tampoco refutar éste: de los sexos, uno es más fuerte y otro más débil: los machos son, en efecto,

más robustos y las hembras más débiles; es así que la debilidad no cabe en un dios; luego tampoco el sexo femenino. Y a esta última conclusión hay que añadir la última del anterior silogismo: que no hay dioses, porque entre los dioses hay hembras.

*Interpretación  
estoica sobre  
los dioses*

Por estas razones los estoicos interpretan a los dioses de otra forma y, como no ven claramente cuál es la verdad, intentan adecuar a los dioses a esquemas de la naturaleza. Cicerón, siguiendo a

éstos, ofrece esta opinión sobre los dioses y sus religiones: «¿No veis, pues, cómo la razón es apartada de los principios físicos, inventados para bien y para utilidad, hacia una interpretación fingida y ficticia de los dioses? Este hecho produjo falsas opiniones, errores turbulentos y supersticiones que son casi patrañas de viejas. Y es que conocemos la forma, edad, vestidos y adornos de los dioses; y además, hemos reducido sus tipos, matrimonios, parentescos y todo a los esquemas de la debilidad humana»<sup>132</sup>.

¿Qué más claro y cierto puede decirse? El príncipe de la filosofía romana y el investido del más alto grado sacerdotal tilda a los dioses de fingidos y ficticios y se queja de que los hombres se han visto implicados en falsas opiniones y en errores turbulentos. Como consecuencia, dedica todo el libro tercero del tratado *Sobre la naturaleza de los dioses* a derribar y borrar desde su base todas las religiones. ¿Qué más puedo yo esperar? ¿Acaso puedo yo superar a Cicerón en elocuencia? De ninguna forma, sin duda; pero a él, que desconocía la verdad, cosa que él mismo confiesa llanamente en la misma obra, le faltó confianza: dice, en efecto, que «él puede más fácilmente decir lo que

no es que lo que es»<sup>133</sup>, es decir, que entiende lo que es falso, pero desconoce lo verdadero.

5 Está claro, pues, que aquellos que son considerados como dioses son hombres y que su memoria fue divinizada tras su muerte. Por ello sus edades son distintas y las imágenes de cada uno de ellos con forma concreta, ya que sus estatuas fueron modeladas en la forma y edad en que les sorprendió la muerte a cada uno de ellos.

6 Consideremos, si parece bien, las desgracias de los infelices dioses. Isis perdió a su hijo; Ceres a su hija; Lato-  
na, desterrada y arrastrada por el orbe de la tierra, a duras  
7 penas encontró una isla donde dar a luz; la madre de los dioses se enamoró de un hermoso joven y al sorprenderle con una meretriz lo castró y convirtió en eunuco: por eso sus ritos sagrados son celebrados ahora por sacerdotes eunucos; Juno persiguió con dureza a las meretrices,  
8 porque ella no pudo dar a luz de su hermano: Varrón escribe que «la isla de Samos se llamaba antes Partenia, porque allí creció Juno y allí se casó también Júpiter»<sup>134</sup>; por ello, su templo más antiguo y conocido está en Samos, su estatua nos la representa en figura de novia y sus ritos anuales se celebran en forma de bodas; así pues, si creció, si fue primero virgen y después mujer, hubo por medio un hombre; y quien no entienda esto está confesando que es un  
9 bestia. Y ¿qué decir de la obscenidad de Venus, prostituida al placer no sólo de todos los dioses, sino también de todos los hombres? Ella, en efecto, a raíz de su famoso estupro con Marte, engendró a Harmonía; de Mercurio engen-

dró a Hermafrodito, que nació andrógino; de Júpiter a Cupido; de Anquises a Eneas; de Bute a Erice; de Adonis no pudo tener ningún hijo, porque, siendo aún un niño, murió a consecuencia de las heridas de un jabalí; ella fue  
10 la primera, según se dice en la *Historia Sagrada*<sup>135</sup>, que instituyó el arte de la prostitución y la que introdujo a las mujeres de Chipre en la profesión de conseguir dinero a cambio de entregar su cuerpo a todos: y esto lo hizo para que no pareciera que era ella la única impúdica y deseosa de hombres entre las otras mujeres. ¿Puede tener  
11 algo de divino una mujer cuyos adulterios son más numerosos que sus partos?

Pero es que ni siquiera aquellas otras vírgenes pudieron mantener íntegra su virginidad. Efectivamente, ¿de dónde pensamos que nació Erictonio? ¿Acaso de la tierra, como quieren dar a entender los poetas? Los propios hechos lo  
12 dicen a voces: cuando Vulcano hacía armas para los dioses, y Júpiter, jurando, como siempre hacía, por la laguna infernal que no le negaría nada, le concedió la posibilidad de pedir el premio que quisiera, el herrero cojo pidió la posesión de Minerva; y ese Júpiter Óptimo y Máximo,  
13 atado por una promesa tan seria, no pudo negarse, pero aconsejó a Minerva que se negara y defendiera su pudor; entonces, dicen que, en el forcejeo, Vulcano dejó caer semen en la tierra, del cual nació Erictonio; y a éste se le puso nombre a partir de las palabras *eris* y *cthonos*, es decir, «forcejeo» y «tierra». Ahora bien, ¿por qué esa  
14 virgen encomendó al recién nacido, encerrándolo y sellándole con una serpiente, a tres doncellas de Cecropia? Se trataba, según creo, de un evidente incesto que no pudo ser disimulado de ninguna forma.

15 Otra, cuando ya había casi totalmente perdido a su amante que era arrastrado por unos caballos desbocados, llamó al famosísimo médico Asclepio, para que curara al joven y, una vez curado, «le esconde en secretos lugares y le confía a la ninfa Egeria y al bosque; allí, solo y desconocido en tierras ítalas, pasaría la vida, y, cambiando su nombre, pasaría a llamarse Virbio»<sup>136</sup>. ¿Qué significa esta curación tan diligente y solícita? ¿Qué significan esos lugares secretos? ¿Qué esa acción de dejarle tan lejos, en manos de una mujer y en la soledad? ¿Y qué ese cambio de nombre? ¿Qué finalmente tan pertinaz abominación de los caballos? ¿Qué significan todas estas cosas sino conciencia de estupro y un amor de ninguna forma virginal?

17 Había sin duda razones por las que tomarse tanto empeño en favor de un joven que no había querido entregarse a su amante madrastra.

18 En este punto deben ser refutadas las opiniones de aquellos que no sólo confiesan que los dioses son antiguos hombres, sino que, para alabarlos, incluso los glorifican, ya por su valor, como a Hércules, ya por sus beneficios, como a Ceres y Líber<sup>137</sup>, ya por las artes que descubrieron, como a Esculapio y Minerva<sup>138</sup>.

2 Hecho por hecho demostraré cuán absurdo y cuán poco digno es esto, ya que a causa de ello los hombres se contaminan de imborrable crimen y se con-

vierten en enemigos del Dios verdadero, por cuanto, despreciándole a él, aceptan ritos de muertos.

Quando hablan de la virtud que eleva a los hombres al cielo, no se refieren a aquella de la que hablan los filósofos, que se basa en los bienes del alma, sino a esa corporal que se llama fortaleza: y como ésta fue realmente grande en Hércules, se cree que por ella mereció la inmortalidad. ¿Quién es tan estúpidamente ignorante que piense que las fuerzas del cuerpo son un bien divino e incluso humano, cuando las mayores de esas fuerzas son atribuidas a las bestias y cuando muchas veces son destruidas por una sola enfermedad o disminuidas y corrompidas por la propia vejez? Por eso él mismo, cuando se dio cuenta de que sus músculos eran deformados por las heridas, no quiso ser sanado ni llegar a viejo, para no dar la impresión un día de que era más débil y deforme de lo que había sido. De él piensan que subió al cielo desde la pira en la que él mismo se había quemado vivo, y representaron y consagraron en estatuas e imágenes aquellas mismas cualidades que estúpidamente habían admirado, para que permaneciera para siempre el recuerdo de la ignorancia de aquellos que creían que los hombres, por matar bestias, se hacían dioses. Pero esto quizás sea culpa de los griegos que siempre tuvieron como grandes cosas a las más livianas. ¿Qué han hecho nuestros romanos? ¿Acaso son más prudentes? Éstos ciertamente desprecian la fortaleza atlética, porque es algo sin importancia; pero a la fortaleza militar, que suele ser enormemente perjudicial, la admiran de tal forma que piensan que los generales más fuertes y belicosos deben ser colocados entre los dioses y que, para conseguir la inmortalidad, no hay otra vía que dirigir ejércitos, asolar el territorio ajeno, destruir ciudades, asaltar fortalezas, eliminar y someter a la esclavitud a pueblos libres:

9 y es que, cuanto mayor número de hombres han sometido,  
espoliado y matado, tanto más nobles y famosos se consi-  
deran a sí mismos, y, atraídos por una apariencia de gloria  
10 vana, dan nombre de virtud a sus crímenes. Ya quisiera  
yo que convirtieran en dioses suyos a todos los que matan  
fieras antes de aceptar una inmortalidad tan sangrienta.  
Si alguien mata a un solo hombre, es tenido por pecamino-  
so y maldito, y consideran impio admitirlo incluso en estos  
templos terrenales de los dioses; y, sin embargo, aquel que  
ha eliminado a infinitos miles de hombres, que ha llenado  
los campos de sangre y que ha infestado los ríos, no sólo  
11 es admitido en los templos, sino incluso en el cielo. En la  
obra de Ennio, Africano habla así: «Si a alguien le está  
permitido subir a zonas celestiales, para mí solo está abier-  
12 ta la puerta más grande del cielo»<sup>139</sup>. Y es que, efectiva-  
mente, Africano mató y eliminó a una gran parte del géne-  
ro humano. ¡Oh! ¡Cuán ciego estabas, Africano, o más  
bien tú, poeta, que pensabas que por medio de asesinatos  
y sangre se les abría a los hombres la puerta del cielo!  
13 Con esta idea absurda está de acuerdo incluso Cicerón:  
«En verdad», dice, «que es así, Africano; pues también  
para Hércules se abrió esta misma puerta»<sup>140</sup>; como si él  
hubiera sido el portero del cielo cuando sucedieron estas  
14 cosas. Ciertamente, no puedo establecer si hay que llorar  
o reírse cuando veo que hombres tan serios, doctos y, co-  
mo ellos creen, sabios fluctúan en tan míseros errores.  
15 Si ésta es la virtud que nos hace inmortales, preferiría  
morir antes que servir de perdición a tan gran número de  
16 hombres; si la inmortalidad no puede conseguirse sino por

medio del derramamiento de sangre, ¿qué sucederá si to-  
dos los hombres viven en concordia? Y esto podría sin du-  
da suceder si los hombres, abandonando su maldita e im-  
pía locura, quisieran ser inocentes y justos. Pues bien, 17  
¿no habría ninguno digno del cielo? ¿Acaso desaparecerá  
la virtud si a los hombres no se les permite ser crueles  
unos para otros? Pero esos que miden la mayor gloria de  
los pueblos con el parámetro de la destrucción de ciuda-  
des, no soportarán la paz pública, arrasarán, enloquecerán  
en la crueldad, y, haciendo insolentes injurias, romperán  
las alianzas humanas para poder tener un enemigo al que,  
más que destruir, despedazarán sádicamente.

Ahora vayamos a los demás. A Ceres y Liber les dio el 18  
nombre de dioses la tradición de sus regalos. Puedo de-  
mostrar, recurriendo a las Sagradas Escrituras, que el vino  
y los cereales eran utilizados por los hombres antes del  
nacimiento de Cielo<sup>141</sup> y de Saturno. Pero imaginemos que  
fueron efectivamente inventados por éstos; ¿acaso puede 19  
parecer más y más grande recoger el grano y enseñar a  
hacer pan mediante la trituration, o exprimir las uvas co-  
gidas de las cepas y hacer de ellas vino, que el hacer que  
germinen y salgan de la tierra esos mismos granos y vides?  
Sin duda que Dios dejó para el talento humano la facultad 20  
de descubrir esto, pero lo que no puede suceder es que  
no sea todo de ese mismo que concedió a los hombres la  
facultad de descubrir y las cosas que podían descubrir.

También de las artes se dice que proporcionaron la in- 21  
mortalidad a sus inventores: a Esculapio la medicina; a  
Vulcano el arte de trabajar los metales. Adoremos, pues,  
también a los que enseñaron el arte de batanería o de la  
zapatería; ¿por qué no se da gloria al inventor de la cerá-

22 mica? ¿Acaso porque estos ricos de ahora desprecian los  
23 vasos de Samos? Hay también otras artes cuyos inventores  
hicieron un gran provecho a la vida humana: ¿por qué  
no se les ha atribuido también a ellos un templo? Cierta-  
24 mente, Minerva es la inventora de todas las artes; y, por  
ello, los artistas la suplican; y además, subió al cielo gra-  
cias a esas insignificancias. Hay ciertamente razones para  
que los hombres abandonen a aquel que tejió la tierra con  
seres vivos y el cielo con astros y estrellas y veneren, en  
cambio, a la que enseñó a tejer la tela. Y ¿qué decir de  
aquel que enseñó a curar las heridas de los cuerpos? ¿Aca-  
so puede ser más importante que aquel que modeló los  
propios cuerpos, que les dio los mecanismos de la sensibili-  
dad y de la vida y que ideó e hizo crecer las propias hier-  
bas y todo lo demás que se utiliza en el arte de la medicina?

19 «Pero», dirá alguien, «tanto este sumo  
hacedor como aquellos que fueron en par-  
20 *Nuevos argumentos que demuestran que los dioses eran hombres* te benefactores merecen cada uno de ellos  
su propia veneración».

2 Primero: nunca ha sucedido que quien  
adoró a éstos haya adorado también a Dios, ni puede suce-  
der, porque, si se da ese honor a otros, él no puede ser  
adorado de ninguna manera, ya que su religión consiste  
3 en creer que él es el único y solo Dios. Segundo: dice  
el altísimo poeta que todos «los que culturizaron la vida  
por medio de las artes que inventaron están en los infier-  
nos»<sup>142</sup> y que «aquel inventor de la medicina y de tan  
nefanda técnica fue precipitado por el rayo en la laguna  
Estigia»<sup>143</sup>; y dice esto para que entendamos cuán grande  
es el poder del Padre omnipotente, que incluso elimina

a los otros dioses con su rayo. Quizás los listos se guar- 4  
den este argumento: como un dios no puede ser fulmina-  
do, está claro que eso no pudo suceder. Todo lo contrario:  
como eso sucedió, está claro que eran hombres, no dioses.  
La mentira de los poetas está, no en el hecho, sino en 5  
el nombre: tenían miedo a represalias si, en contra del co-  
mún convencimiento, confesaban la verdad; y si esos listos 6  
saben que se han convertido de hombres en dioses, ¿por  
qué no creen a los poetas cuando describen sus fugas, he-  
ridas, muertes, guerras y adulterios?<sup>144</sup> Con estos hechos 7  
se da a entender que de ninguna forma pudieron convertir-  
se en dioses, porque no fueron ni siquiera hombres buenos  
e hicieron en su vida cosas que acarrearán una muerte sempiterna.

*Dioses  
indígenas de  
Roma*

Paso ahora a la religión genuina de los 20  
romanos, puesto que ya he hablado de  
las religiones comunes<sup>145</sup>.

Lupa, la nodriza de Rómulo, es adora-  
da con honras divinas; y yo lo aceptaría  
si se tratara del propio animal representado en la figura;  
pero es que, según el testimonio de Livio<sup>146</sup>, se trata de 2  
un símbolo de Larentina y, ciertamente, de un símbolo de  
su espíritu y de sus costumbres y no de su cuerpo; era,  
en efecto, la mujer de Fáustulo y, puesto que tenía su cuer-  
po a disposición de todo el mundo, los pastores la llama-  
ron «loba», es decir, meretriz. De ahí deriva también la  
palabra «lupanar». En estas figuras los romanos siguen 3  
el ejemplo de los atenienses: éstos, tras haber matado una

meretriz de nombre Leona a un tirano y, dado que era impío poner en el templo la estatua de la meretriz, pusieron en él la efigie del animal cuyo nombre llevaba aquella meretriz. Así, de igual forma que los griegos hicieron el monumento a partir del nombre de la homenajeadada, los romanos lo hicieron a partir de sus aficiones. En su nombre se instauró incluso un día festivo y se programaron las Larentinalia.

Y no sólo a esta meretriz adoran los romanos, sino también a Faula, de la que dice Verrio que era prostituta de Hércules <sup>147</sup>. ¿Qué reputación merece esta inmortalidad que incluso las prostitutas consiguen?

Flora, tras haber conseguido gran cantidad de riquezas en su profesión de meretriz, nombró como heredero suyo al pueblo y le dejó una cantidad de dinero: los intereses anuales de este dinero son destinados a la celebración de su cumpleaños en unos juegos que reciben el nombre de «Floralia». El senado, al que esto le parecía vergonzoso, decidió tomar como excusa el propio nombre de la diosa para dar cierta dignidad a una tradición tan indecente: inventaron que se trataba de la diosa que protegía las flores y que convenía tenerla contenta para que los frutos, árboles y vides florecieran abundante y prósperamente. El poeta, al hilo de esta figura, cuenta en los *Fastos* <sup>148</sup> que al principio era una ninfa llamada Cloris, la cual, cazada por Zéfiro, recibió de su marido a modo de dote la potestad sobre las plantas. En verdad que estas cosas que se

dicen son decentes, pero son creídas indecente y torpemente; apariencias de este tipo no deben engañarnos cuando buscamos la verdad. Lo que se celebra son juegos con toda lascivia, convenientemente adaptados al recuerdo de una meretriz: efectivamente, además del libertinaje en las palabras, con las que se desparrama todo tipo de obscenidades, las meretrices, a petición del pueblo, se desnudan; entonces, éstas se dedican a hacer mímica y se detienen con movimientos vergonzosos ante los ojos del pueblo hasta saciar la vista de los impúdicos.

Tacio consagró a Cloacina el busto que encontró en la Cloaca Máxima y, como no sabía de quién era aquella estatua, le dio nombre a partir del lugar donde la había encontrado.

Tulo Hostilio ideó y adoró a los dioses Pavor y Palidez. ¿Qué puedo decir de esto sino que era lógico que cada uno inventara sus dioses de acuerdo con sus conveniencias?

La consagración por parte de Marco Marcelo de los dioses Honor y Virtud coincide en el fondo con lo anterior, aunque se trata de nombres mucho más honrosos.

Con la misma ligereza, el senado colocó entre los dioses a la Mente. Y, por cierto, si el senado hubiera tenido mente, nunca habría aceptado ritos de este tipo.

Cicerón dice que los griegos tomaron una gran y audaz decisión cuando consagraron en los gimnasios las estatuas de Cupidos y Amores <sup>149</sup>. Sin duda que con estas palabras está adulando a su amigo Ático y, al mismo tiempo, burlándose de él: y es que aquello no sólo no fue una gran decisión, sino la perdida y deplorable maldad de unos hombres que abandonaron a los placeres de la juventud a unos hijos a los que debían instruir en la honestidad: quisieron

que sus hijos adoraran a los dioses de los pecados, y que lo hicieran sobre todo en lugares en que los cuerpos desnudos se abren a los ojos de los corruptos, y en una edad que, por su simpleza y falta de previsión, puede ser engañada y caer en la trampa antes de que pueda darse cuenta.

<sup>16</sup> ¿Qué tiene de extraño que manaran maldades de toda esta gente, para la cual los vicios son religión, ya que no sólo no los evita, sino que los cultiva? Por ello Cicerón, como si quisiera vencer a los griegos con inteligencia, añade a la frase anterior esto: «y es que conviene divinizar las virtudes y no los vicios» <sup>150</sup>. ¿No ves, Marco Tulio, que, si <sup>17</sup> aceptas esto, sucederá que los vicios entrarán juntamente con las virtudes, por cuanto el mal se pega al bien y termina por dominar en los corazones de los hombres? Y si rechazas esto, los propios griegos te responderán que ellos adoraban a unos dioses para que fueran sus benefactores, y a otros, para que no fueran sus malefactores. Ésta es la excusa de aquellos que tienen como dioses a los males: tal es el caso de los romanos con la Herrumbre y la <sup>18</sup> Fiebre. Pues bien, Cicerón, si por un lado estoy de acuerdo contigo en que no deben ser consagrados los vicios, por otro añadido que tampoco lo deben ser las virtudes. Y es que las virtudes no son sabias ni tienen sentimientos por sí solas, ni deben ser colocadas entre paredes ni en pequeños templos hechos de barro, sino que deben ser puestas dentro del corazón y aprendidas en el interior, para que no sean falsas, cosa que sucedería si fueran colocadas fuera de las personas. Así pues, me río de aquella famosa <sup>19</sup> ley tuya expuesta con estas palabras: «Pero adorad también aquellas cosas por las cuales se les concede a los hombres subir al cielo: la Mente, la Virtud, la Piedad, la

Lealtad; que haya templos en su honor» <sup>151</sup>. Es más, estas virtudes no pueden ser separadas del hombre: efectivamente, <sup>20</sup> si han de ser cultivadas, necesariamente han de serlo en el hombre; y si están fuera del hombre, ¿qué necesidad hay de cultivar algo de lo que se carece? Hay, pues, que cultivar la virtud, pero no una imagen de la virtud, y ha de ser cultivada, no con sacrificios, ni con incienso, ni con súplicas solemnes, sino sólo con la voluntad y la intención: efectivamente, ¿qué otra cosa es cultivar la virtud sino com- <sup>21</sup> prenderla y sujetarla en nuestra alma? Y esto, en cuanto uno empieza a quererlo, lo consigue. Éste es el único honor que se debe dar a la virtud, pues religión y veneración sólo se debe dar al único Dios. ¿Qué necesidad hay, pues, <sup>22</sup> oh varón sapientísimo, de ocupar con vanas instituciones lugares que podían servir para uso humano? ¿Para qué ordenar sacerdotes que han de officiar ritos vanos e insensibles? ¿Para qué inmolar víctimas? ¿Para qué hacer tanto <sup>23</sup> gasto en modelar y adornar imágenes? El templo más firme e incorrupto es el pecho humano: que sea éste sobre todo el adornado, que sea éste el llenado de esas auténticas divi- <sup>24</sup> nidades. Y es que a esas falsas veneraciones sigue lo que tenía que seguir: quienes adoran de esta forma a las virtudes, es decir, quienes son esclavos de las sombras e imágenes de las virtudes, terminan por no poder mantener lo que es realmente la verdad, ya que, como consecuencia, <sup>25</sup> no queda en ellos ninguna virtud, por cuanto los vicios los dominan por todas partes; no queda ninguna lealtad, por cuanto cada uno mira en todo sólo por sí mismo; ningún cariño, por cuanto la avaricia no perdona ni a familiares ni a padres y la codicia termina por caer en envenenamientos y matanzas; ninguna paz ni concordia, por cuanto

públicamente las guerras enloquecen con crueldad por todas partes y privadamente las enemistades se enfrentan hasta llegar a la sangre; ningún pudor, por cuanto los placeres desenfrenados contaminan todo sexo y todas las partes del cuerpo.

26 Y no dejan de adorar cosas de las que huyen y a las que odian. Adoran, en efecto, con incienso y con delicadeza cosas que en lo más íntimo de su ser deberían horrorizarles: y todo este error emana del desconocimiento que  
27 tienen del principal y sumo bien. Durante la ocupación de la ciudad por parte de los galos, los romanos, asediados en el Capitolio, construyeron máquinas de guerra con caballos de mujeres: a partir de ello, consagraron un templo  
28 a Venus Calva. Y es que no entienden que esas supersticiones son vanas incluso por el propio hecho de que las ridiculizan con estas tonterías. Quizás habían aprendido de  
29 los lacedemonios que los dioses se inventan a partir de los acontecimientos: cuando los lacedemonios asediaban a los mesenios, éstos lograron escapar del cerco de los sitiadores y se dirigieron a Lacedemonia para destruirla: allí fueron rechazados y puestos en fuga por las mujeres espartanas;  
30 entre tanto, los lacedemonios, tras darse cuenta del engaño de sus enemigos, salieron en su persecución. Sus mujeres, armadas, salieron a su encuentro y al ver que sus maridos se disponían para la lucha —pensaban que ellas eran los  
31 mesenios—, desnudaron sus cuerpos. Y ellos, al reconocer a sus esposas y verse impulsados al placer por la vista que ofrecían, se aparearon con ellas armados como estaban; y lo hicieron indiscriminadamente —no daba tiempo  
32 a distinguir—, como habían enviado poco antes; de estas últimas uniones nacieron las Partenias. Como recuerdo de este hecho fundaron un templo y una estatua a Venus Arma-

da. Y, aunque esto tiene un origen bajo, parece más decente consagrar un templo a una Venus armada que a una Venus calva.

En esta misma época fue levantado un altar a Júpiter <sup>33</sup> Panadero, porque aconsejó a los romanos durante un sueño que, reuniendo todos los alimentos que tenían, hicieran un pan y lo arrojaran al campamento de los enemigos; una vez hecho esto, los galos levantaron el asedio, porque perdieron toda esperanza de poder someter a los romanos mediante agotamiento. ¿Qué burla religiosa es ésta? Si yo <sup>34</sup> fuera defensor de estas creencias, ¿qué otra cosa más grave podía soportar que el hecho de que la reverencia debida a mis dioses había llegado a tal punto de desprecio que servía de burla hasta por sus indecentes nombres? ¿Quién no se reirá de la diosa Horno o, más, de que <sup>35</sup> doctos hombres se dediquen a celebrar las fiestas Hornacalias? <sup>152</sup>. ¿Quién, al oír el nombre de la diosa Muda, podrá contener la risa? Ésta es, dicen, de quien nacieron los Lares y por ello la llaman Lara o Larunda <sup>153</sup>. ¿Qué puede conceder a sus fieles aquella que no puede hablar? Es <sup>36</sup> adorada también la diosa Caca, que mostró a Hércules el camino para el robo de los bueyes y que consiguió su divinidad por haber traicionado a su hermano <sup>154</sup>; y Cunina, que protege a los niños en las cunas y aleja los hechizos; y Estercuto, que fue el primero que enseñó la forma de

estercolar los campos; y Tutino, en cuyo vergonzoso seno se asientan las novias para que parezca que es ese dios el primero que prueba su virginidad; y otros miles de portentos: hasta tal punto, que podríamos decir que quienes adoran a todos estos dioses nos parecen más vanos que los egipcios, los cuales veneran algunas estatuas monstruosas y ridículas.

37 Y, sin embargo, todos estos dioses tienen alguna estatua. Pero ¿qué decir de quienes adoran a una piedra informe y ruda, a la que dan el nombre de Término? Éste es el dios al que dicen que devoró Saturno en lugar de a Júpiter. No sin razón se le atribuye este honor: efectivamente, cuando Tarquino intentaba hacer el Capitolio, al ver que había allí capillas de muchos dioses, les consultó por medio de augurios si cederían su sitio a Júpiter; y todos se marcharon menos el dios Término. De ahí que el poeta  
38 le llame «la roca inamovible del Capitolio»<sup>155</sup>. Ya a partir de este propio hecho se puede descubrir la grandeza de un Júpiter ante el que no cedió una roca, quizás confiada  
40 ésta por haberle librado de las fauces paternas. Pues bien, una vez hecho el Capitolio, se dejó en el techo, encima del dios Término, un agujero, para que, como no se había salido, pudiera disfrutar del cielo abierto: pero de éste no disfrutaban ni siquiera aquellos que pensaban que la piedra lo disfrutaba. Y a este dios se le suplica públicamente  
41 como el guardián de las fronteras, el cual no sólo es una  
42 piedra, sino que a veces es incluso una estaca. ¿Qué decir de quienes adoran tales cosas sino que ellos mismos son piedras y estacas?

Hemos hablado de los dioses que son adorados; ahora hay que decir algo de sus ritos y misterios.

*Ritos  
y misterios  
de los dioses*

Entre los chipriotas, Teucro inmoló una víctima humana a Júpiter y transmitió este rito a sus descendientes<sup>156</sup>: este rito ha sido desarraigado recientemente durante el reinado de Adriano.

Entre los tauros, pueblo inhumano y cruel, había una ley en virtud de la cual los forasteros eran inmolados a Diana: y este sacrificio se celebró durante mucho tiempo.

Los galos aplacaban a Eso y Teutates con sangre humana.

Ni siquiera los latinos se han visto libres de esta crueldad, ya que Júpiter Laciari es adorado todavía ahora con sangre humana.

¿Qué bienes piden estos que hacen tales sacrificios? O ¿qué pueden conceder tales dioses a los hombres, con cuya muerte se vuelven benévolos? De todas formas, no debemos extrañarnos de que esto suceda entre los bárbaros, cuya religión coincide con sus costumbres. Pero nuestros romanos, que siempre han reivindicado para sí la gloria de la mansedumbre y del humanismo, ¿no se muestran más crueles al hacer estos ritos sacrílegos? Y es que éstos, al apartarse del humanismo, a pesar de estar acicalados con los estudios de las disciplinas liberales, deben ser considerados más crueles que los que, rudos e ignorantes, caen por ignorancia del bien en las malas acciones.

Sin embargo, se sabe que este rito consistente en inmolarse seres humanos es antiguo, ya que Saturno recibió

culto en el Lacio con este tipo de sacrificio: no concretamente con la inmolación de un hombre ante el altar, pero sí con el lanzamiento de un hombre al Tíber desde el puente Milvio. Según Varrón, esto se hizo a partir de la respuesta de un oráculo; el último verso de esta respuesta es éste: «Ofreced cabezas al Hades y luminarias al padre»<sup>157</sup>, [es decir, hombres]; y, como esto es ambiguo, se le suelen ofrecer antorchas y hombres. Este tipo de sacrificio fue hecho por Hércules a su vuelta de Hispania, conservando, sin embargo, el rito de ofrecer estatuas hechas de junco en lugar de auténticos hombres; esto es lo que dice Ovidio en los *Fastos*: «Hasta que vino el héroe tirintio a estos territorios, todos los años se celebraban los sangrientos ritos a la manera leucadiana; pero él arrojó hombres de paja al agua; y ahora, falsos cuerpos son lanzados a la manera que lo hizo Hércules»<sup>158</sup>. Las vírgenes Vestales hacen estos ritos, según dice él mismo: «Entonces también, la virgen suele arrojar desde el puente de madera imágenes de ancianos hechas de junco»<sup>159</sup>.

En cuanto a los niños que eran inmolados a Saturno por el odio que éste sentía hacia Júpiter, no encuentro palabras que emplear: que los hombres eran tan bárbaros, tan crueles que a los propios parricidios, a esa acción tétrica y execrable para el género humano, la llamaban sacrificio, cuando ejecutaban, sin ningún respeto a la piedad, a unas almas tiernas e inocentes en la edad que es más dulce para los padres, y cuando superaban en fiera la

crueldad de todas las bestias, las cuales, a pesar de todo, aman a sus crías. ¡Oh locura insanable! ¿Podrían esos dioses, aun estando muy airados, provocar en los hombres más de lo que provocan estando benévolos, cuando deshonran a sus fieles con parricidios, los honran con orfanidades y los despojan de toda sensibilidad? ¿Qué santidad puede haber en estos hombres?; o ¿qué harán en lugares profanos esos que en los propios altares de los dioses cometen los mayores crímenes? Pescenio Festo, en sus libros de *Historias*, dice, mezclándolo todo, que «los cartagineses solían inmolarse víctimas humanas a Saturno y que, cuando fueron derrotados por el rey siciliano Agatocles, pensaron que el dios se había irritado con ellos; por ello, para ofrecer con más agrado un sacrificio expiatorio, inmolaron doscientos jóvenes hijos de varones ilustres»<sup>160</sup>; «hasta tal extremo de maldad pudo persuadir la superstición. Ésta produjo siempre acciones criminales e impías»<sup>161</sup>. ¿Por quién miraban aquellos locos hombres con este sacrificio, cuando ejecutaron un número de ciudadanos que quizás no llegó a ejecutar el vencedor Agatocles?

No menos locos que los sacrificios de este tipo han de ser considerados otros famosos ritos públicos: uno, el que se celebra en honor de la diosa Madre, en el cual los mismos hombres ofrecen sus propios órganos genitales, y así, una vez amputado el sexo se convierten en algo que no es ni varón ni hembra; otro, el celebrado en honor de la diosa Valor, a la que llaman también Belona, en el cual los propios sacerdotes sacrifican, no con sangre ajena, sino con la suya propia: efectivamente, con un corte en

los hombros y llevando espadas desenvainadas en ambas manos, corren, se mueven, enloquecen. Muy bien, pues, dijo Quintiliano en *El Fanático* esto: «Si un dios piensa, es que está airado»<sup>162</sup>.

18 ¿Tiene esto algo de sagrado? ¿No es mucho mejor vivir como las bestias antes que adorar a dioses tan impíos, profanos y sanguinarios?

19 De todas formas, en el momento oportuno explicaré el origen de estos errores y de estas tan grandes bajezas. Entre tanto, veamos otros ritos, en los que no hay crímenes, para no dar la impresión de que en mi celo perseguidor  
20 elijo los peores. Los ritos de la egipcia Isis conmemoran la pérdida y encuentro por parte de ella de su hijo pequeño; efectivamente, en un primer momento, los sacerdotes, con su cuerpo desnudo, golpean sus pechos y se lamentan, tal como ella había hecho cuando perdió al hijo; después, es presentado un niño, como si hubiera sido encontrado, y el llanto se transforma en alegría. Por eso dice Lucano:  
21 «Y nunca acaba de ser encontrado Osiris»<sup>163</sup>; y es que constantemente le están perdiendo y constantemente encontrando. Así pues, se recoge en estos ritos la imagen de algo que sucedió en realidad y que ciertamente nos evidencia, por poco inteligentes que seamos, que aquella mujer era mortal y casi huérfana de hijos, si no hubiera encontrado al único que tenía. Y esto no se le escapó a ese mismo poeta, en cuya obra Pompeyo, siendo adolescente, al ente-

rarse de la muerte de su padre dijo esto: «sacaré a Isis de su sepulcro, convertida ya en diosa para los pueblos; lanzaré por el mundo a Osiris con su velo de lino»<sup>164</sup>.

Éste es el Osiris al que el pueblo llama Serapis [o 22 Serapida]; y es que, cuando hacen sacrificios a los muertos, suelen cambiarles los nombres, para que nadie piense, creo yo, que fueron hombres; efectivamente, Rómulo, tras su 23 muerte, se convirtió en Quirino, Leda en Némesis, Circe en Marica, Ino, tras arrojarse al precipicio, en Leucotea y en madre Matuta, y su hijo Melicertes en Palemón y Portuno.

En cuanto a los ritos sagrados en honor de Ceres de 24 Eleusis, no son distintos de éstos. Efectivamente, de la misma forma que en aquéllos el niño Osiris es buscado con llantos por su madre, así aquí es raptada Proserpina para un incestuoso matrimonio con su tío; y como se dice que su madre Ceres la buscó en Sicilia con teas encendidas en el cráter del Etna, por eso sus ritos sagrados se celebran arrojando teas encendidas.

En Lámpsaco la víctima sacrificable a Príapo es un 25 pequeño asno; la razón que se nos da en los *Fastos* sobre este sacrificio es la siguiente<sup>165</sup>: cuando todos los dioses se reunieron en una gran fiesta ofrecida por la Gran Madre y, hartos de comer, pasaban la noche en diversiones, Vesta se tumbó en el suelo y empezó a dormir; entonces Príapo atentó contra su sueño y su pureza; pero ella se despertó asustada por los rebuznos de un pequeño asno en el que iba montado Sileno, y los deseos del insidiador se vieron frustrados; por esta causa, los de Lámpsaco 26 cogieron la costumbre de ofrecer a Príapo, a modo de ven-

ganza, un pequeño asno; entre los romanos, sin embargo, este mismo pollino es coronado con panes por las vírgenes Vestales en honor del pudor conservado. ¿Qué más bajo y vergonzoso que el hecho de que Vesta sea virgen gracias a un asno? Los poetas, por su parte, se inventan a este respecto una falsa historia. ¿Acaso es más cierto lo que cuentan los autores de los *Fenómenos* <sup>166</sup> cuando hablan de las dos estrellas de Cáncer llamadas «asnos» por los griegos? Dicen que se trata de dos asnos que transportaron al padre Liber cuando éste no podía pasar un río; y que a uno de ellos le concedió el don de poder hablar con voz humana, y que, como consecuencia, entre este asno y Príapo surgió una discusión sobre cuál de los dos tenía más grande el pene; y que Príapo, vencido y airado, mató al ganador. Esta versión es mucho más absurda; pero a los poetas les está permitido escribir lo que quieran. Yo no voy a analizar tan sucio misterio ni a descubrir a Príapo, para no poner en evidencia cosas ridículas. Ciertamente, esto lo han inventado los poetas, pero lo han inventado sin duda para ocultar alguna torpeza mayor. Investiguemos, pues, cuál es esa torpeza; aunque en verdad que está muy clara: efectivamente, de la misma forma que a la luna se le ofrece un toro por la semejanza de los cuernos, y de la misma forma que «Persis aplaca a Hiperión, ceñido con rayos, con un caballo, para no dar a un dios rápido una víctima lenta» <sup>167</sup>, así también en este misterio, puesto que

se trata de un miembro viril de enorme tamaño, no pudo encontrarse una víctima más apta para este monstruo que la que pudiera imitar a aquel a quien era ofrecida.

En Lindo, ciudad de Rodas, se celebran en honor de Hércules unos ritos totalmente diferentes de los demás, ya que se celebran, no con «eufemía», como la llaman los griegos, sino con insultos y execraciones; e incluso se considera como una violación cuando alguien, aun sin darse cuenta, pronuncia una palabra digna en medio de los ritos solemnes. Sobre este rito se da la explicación siguiente, si es que puede haber explicación en cosas tan vacías de sentido: cuando Hércules llegó a aquel lugar y tuvo hambre, vio a un labrador que estaba arando y le pidió que le vendiera un buey; sin embargo, el labrador le dijo que no podía hacerlo, porque su esperanza de cultivar la tierra se basaba en aquellos dos novillos; Hércules, recurriendo a su acostumbrada violencia, se quedó, por no poder conseguir uno, con los dos; y aquel desgraciado, al ver que sus bueyes eran sacrificados, vengó la injuria con insultos, cosa que hizo mucha gracia al elegante y urbano Hércules: efectivamente, mientras preparaba el banquete para sus compañeros y devoraba los bueyes ajenos, escuchaba con risas y carcajadas los insultos que el labrador lanzaba duramente contra él. Pues bien, una vez que el pueblo, admirando el valor de Hércules, decidió ofrecerle honores divinos, le levantó un altar, al que de hecho llamó «unción de bueyes», ante el cual eran sacrificados dos bueyes unidos a semejanza de aquellos que él había robado a un labrador; y decidió tener como sacerdote al propio labrador al que ordenó que, en la celebración del sacrificio, recurriera siempre a los mismos insultos, porque, decía, él nunca había comido más divertidamente.

37 Éstos ya no son ritos sagrados, sino sacrilegios, ya que en ellos se considera como sagrado lo que, puesto en otras circunstancias, es durísimamente condenado.

38 En lo que se refiere a los ritos del propio Júpiter de Creta ¿qué otra cosa reproducen sino la forma en que fue apartado de su padre y en que fue alimentado? La cabra que alimentó al niño con sus ubres es de la ninfa Amaltea, de la cual dice Germánico César en su poema arateo: «Se piensa de ella que fue la nodriza de Júpiter, aunque en realidad el niño Júpiter ordeñó los generosos pechos de una cabra de Creta, la cual da testimonio de que su alimentado se lo agradeció convirtiéndola en brillante estre-  
39 lla». Museo dice que Júpiter, en su lucha contra los Titanes, utilizó como escudo la piel de esta cabra <sup>168</sup>; de ahí que los poetas le llamen «el portador de piel de cabra». De la misma forma, lo que se hizo para esconder al niño, se recuerda también simbólicamente en los ritos; e incluso el rito recuerda el misterio de su madre; esto lo expone Ovi-  
40 dio en los *Fastos*: «Ya hace tiempo que el escarpado Ida resuena con ruidos para que el niño, seguro, lance gritos con su boca que todavía no habla: unos golpean los escudos con bastones; otros, los yelmos vacíos. Esta función la hacen ahora los curetes y los coribantes. El hecho queda ya oculto, pero permanecen los símbolos del antiguo hecho: los compañeros de la diosa mueven los timbales y roncós tambores; golpean címbalos en lugar de yelmos y

tambores en lugar de escudos; la flauta lanza sonos frigios como lo hizo antes» <sup>169</sup>. Salustio rechaza toda esta ver- 41  
sión como invento de los poetas y pretende dar una interpretación ingeniosa de por qué se dice que los que alimentaron a Júpiter fueron los curetes <sup>170</sup>; y dice así: «puesto que fueron los primeros en entender lo divino, la tradición antigua, exagerando en esto como en las demás cosas, los recordó como los alimentadores de Júpiter» <sup>171</sup>. Los propios 42  
hechos evidencian hasta qué punto erró este hombre erudito: efectivamente, si Júpiter es el primero entre los dioses y su rito es el primero, si antes que él no era adorado públicamente ningún dios, puesto que todavía no habían nacido los que son adorados, está claro que los curetes, en contra de la opinión anterior, fueron más bien los primeros en no entender lo divino, ya que a través de ellos se introdujeron todos los errores y se borró el recuerdo del Dios verdadero.

Así pues, por los propios misterios y ceremonias debie- 43  
ron entender que estaban haciendo súplicas a hombres muertos. No soy yo, pues, el que exige que se crea en las 44  
ficciones de los poetas; quien piense que éstos mienten, que mire los escritos de los propios pontífices y que analice los escritos relativos a los temas sagrados; quizá encuentre más razones que las aducidas por mí, a partir de las cuales entienda que es vano, absurdo e imaginario todo aquello que es tenido por santo. Y si alguien, encontrada la sabi- 45  
duría, rechaza el error, inmediatamente se burlará de las necedades de los hombres casi locos —me refiero a los que

danzan con saltos obscenos o a los que corren desnudos, untados, coronados, enmascarados o enlodados—.

46 Y ¿qué decir de los escudos ya podridos por el tiempo? Cuando los llevan, piensan que llevan sobre los hombros  
47 a los propios dioses. Por ello, Furio Bibáculo es incluido entre los ejemplos más importantes de piedad, ya que, a pesar de ser pretor, desfiló, precedido de los lictores, llevando el escudo sagrado, a pesar de que, en consideración  
48 a su cargo, estaba exento de tal obligación <sup>172</sup>; de esta forma, el tal Furio, que pensó que honraba a la pretura con esta actuación, fue, no un Furio, sino más bien un furioso. Con razón, pues, Lucrecio, al ver que estas cosas son hechas por hombres no incultos ni rudos, dice: «¡Oh mentes locas de los hombres! ¡Oh corazones ciegos! ¡En qué tinieblas vitales y en cuántos peligros se desenvuelve toda esta nuestra época actual!» <sup>173</sup>.

49 ¿Quién que tenga algo de sentido común no se va a burlar de estos caprichos, al ver que los hombres, tocados por así decir en la cabeza, hacen con seriedad cosas que, si alguien las hace de broma, es tenido como lascivo e inepto?

*Ritos  
y misterios  
romanos*

Entre los romanos, el iniciador e ins- 22  
taurador de estas vanidades fue aquel rey  
sabino que lió con nuevas supersticiones  
las mentes rudas e ignorantes de los hom-  
bres <sup>174</sup>; y, para conseguirlo con cierta  
autoridad, fingió que había tenido relaciones nocturnas con  
la diosa Egeria: había en el bosque de Aricia una cueva 2  
oscura, de donde manaba un arroyo de agua perenne; allí  
acostumbraba él a retirarse sin testigos, para poder decir,  
mintiendo, que por consejo de la diosa, su esposa, traía  
a su pueblo aquellos ritos que eran muy agradables a los  
dioses. Pretendió, en efecto, imitar la astucia de Minos, 3  
quien se escondió en la cueva de Júpiter y, tras permanecer  
en ella largo tiempo, trajo unas leyes que, según él, le ha-  
bían sido entregadas por Júpiter: así, no sólo con sus órde-  
nes, sino también con la superstición, obligaba a los hom-  
bres a obedecer. Y en verdad que no le fue difícil al 4  
sabino convencer a unos pastores; creó, en efecto, pontifi-  
ces, flámines, salios, augures, y agrupó a los dioses en  
familias: de esta forma apaciguó los ánimos de aquel pue-  
blo nuevo y le apartó de la guerra para interesarle por la  
paz <sup>175</sup>. Pero, si bien engañó a los demás, no pudo sin 5  
embargo ocultar su propia falsedad; efectivamente, tras mu-  
chos años, durante el consulado de Cornelio y Beblio, unos  
cavadores encontraron en terreno del escriba Petilio, en  
las faldas del Janículo, dos urnas de piedra, en una de  
las cuales estaba el cuerpo de Numa, y en otra los siete  
libros latinos sobre el derecho pontificio y otros tantos li-  
bros griegos sobre la sabiduría, cuyo hallazgo echó por

tierra no sólo las supersticiones que Numa había instaura-  
do, sino todas las demás. Una vez llevado el asunto al  
senado, se decidió destruir estos libros; el pretor urbano  
Quinto Petilio los quemó delante del pueblo <sup>176</sup>. Cosa ab-  
surda, sin duda: pues, ¿de qué sirvió quemar aquellos  
libros cuando aquello por lo cual eran quemados —cer-  
cenaban el espíritu religioso— estaba ya en la memoria  
de las gentes? Y es que en aquel momento no había nadie  
en el senado que no fuera más que tonto: pudieron, en  
efecto, hacer desaparecer libros, pero no hacer olvidar lo  
que decían. De esta forma, al pretender demostrar a la  
posteridad que ellos defendían con gran piedad a la reli-  
gión, lo que hicieron, con su testimonio, fue disminuir la  
autoridad de la propia religión.

Pero, de la misma forma que Pompilio fue entre los  
romanos el instaurador de absurdas supersticiones, así tam-  
bién sabemos que, antes de Pompilio, fue Fauno el que  
en el Lacio instauró nefastos ritos en honor de su abuelo  
Saturno, el que incluyó a su padre Pico entre los dioses  
y el que hizo sacrificios a su hermana, y también esposa,  
Fenta Fauna; de ella nos transmite Gavió Basso que se  
llamaba Fatua (Hadua), porque tenía la costumbre de pre-  
decir los hados a las mujeres, de la misma forma que Fau-  
no lo hacía con los hombres <sup>177</sup>. De ella misma escribe  
Varrón que tenía tanto pudor que ningún varón, a excep-  
ción de su marido, la vio ni oyó su nombre mientras vi-  
vió <sup>178</sup>. Por ello las mujeres hacen sacrificios en su honor

a escondidas y la llaman Diosa Buena. Y Sexto Clodio <sup>179</sup>,  
en el libro que escribió en griego, cuenta que ésta era la  
mujer de Fauno; y que éste le golpeó hasta darle muerte  
con varas de mirto por haber bebido a escondidas, en con-  
tra de la costumbre y honra regias, una vasija de vino,  
y haberse embriagado; y que después él, arrepentido de  
su acción y no pudiendo soportar la añoranza que de ella  
tenía, le dio honores divinos; y que, por su acción, se pone  
en su rito un ánfora de vino tapada <sup>180</sup>. Así pues, Fauno  
dejó también a la posteridad no pocos errores, errores que  
sin embargo intuye cualquiera que sea inteligente. Efectiva-  
mente, Lucilio se burla con estos versos de la estolidez de aque-  
llos que piensan que las estatuas son dioses: «Los fantasmas y  
los vampiros que crearon los Faunos y los Numa Pompilio son  
los que le hacen temblar; en ellos lo pone éste todo. De  
la misma forma que los niños creen que todas las estatuas  
de bronce tienen vida y son hombres, así éstos toman por  
verdaderos los sueños inventados y creen que hay un cora-  
zón en las estatuas de bronce. Es una gale-  
ría de cuadros, nada verdadero, todo fingido» <sup>181</sup>. El poeta  
comparó ciertamente a los hombres ignorantes con los ni-  
ños, pero yo por mi parte aseguro que son mucho más  
ignorantes: los niños, en efecto, creen que las estatuas son  
hombres; los hombres, que son dioses; a los primeros, la  
edad les obliga a pensar lo que no es, a los segundos les  
obliga la estolidez; los primeros en seguida abandonan el

error, mientras que la estupidez de los segundos se mantie-  
15 ne y aumenta constantemente. Orfeo fue el primero que  
introdujo en Grecia los ritos del padre Liber y el primero  
que hizo celebraciones en el monte de Tebas de Beocia,  
cercano al lugar donde nació Liber; este monte fue llama-  
do Citerón, porque en él resonaban con frecuencia cantos  
16 de cítara. Y los ritos todavía ahora son llamados órficos,  
en los cuales el propio Orfeo fue después lacerado y des-  
17 trozado <sup>182</sup>. Orfeo vivió por la misma época más o menos  
que Fauno, pero hay duda sobre cuál de los dos era mayor  
en edad, ya que por aquellos años reinaron Latino y Prí-  
amo, y también los padres de éstos, Fauno y Laomedonte,  
bajo cuyo reinado llegó Orfeo con los argonautas a las  
costas troyanas.

18 Profundicemos, pues, más e investiguemos quién fue  
19 en definitiva el instaurador del culto a los dioses. Dídimo,  
en los libros de *Exégesis a Píndaro* <sup>183</sup>, dice que Melise,  
rey de los cretenses, fue el primero que hizo sacrificios a  
los dioses e introdujo nuevos ritos y procesiones rituales;  
que tuvo dos hijas, Amaltea y Melisa, las cuales alimenta-  
20 ron con leche de cabra y con miel a Júpiter niño —de ahí  
surgió aquella fábula que cuenta que unas abejas volaron

sobre el niño y llenaron de miel su boca—; que Melisa  
fue ordenada por su padre como primera sacerdotisa de  
la Gran Madre y de ahí que todavía ahora las sacerdotisas  
de esta Madre sean llamadas Melisas. Sin embargo, la *21*  
*Historia Sagrada* <sup>184</sup> atestigua que fue el propio Júpiter el  
que, tras apoderarse de la situación, llegó a tal extremo  
de insolencia que se hizo construir templos en muchos  
lugares. Efectivamente, en la época en que recorría tierras, <sup>22</sup>  
a medida que llegaba a los distintos lugares, se unía con  
lazos de amistad y de hospitalidad a los reyes y príncipes  
de esos lugares; y cuando se marchaba de cada uno de ellos,  
mandaba que se le levantara un templo en honor de su  
huésped, como si pudiera conservarse el recuerdo de la amis-  
tad y de la alianza. Así se levantaron los templos a Júpiter <sup>23</sup>  
Ataburio y a Júpiter Labriandio: Ataburo y Labriando fue-  
ron, en efecto, sus anfitriones y ayudantes en la guerra;  
y de la misma forma se levantaron los templos a Júpiter  
Laprio, a Júpiter Molión, a Júpiter Casio, y todos los de-  
más templos por el estilo. Todo esto lo tramó él con gran  
astucia, ya que por una parte se granjeaba para sí mismo  
honra divina y, por otra, fama perpetua, con connotacio-  
nes religiosas, para sus anfitriones: y es que a éstos les <sup>24</sup>  
gustaba, obedecían sus órdenes de buena gana y celebra-  
ban ritos y fiestas anuales en su nombre.

Algo parecido hizo Eneas en Sicilia, ya que a la ciudad <sup>25</sup>  
que levantó le puso el nombre de Acesta, su anfitrión, pa-  
ra que en lo sucesivo Acestes, con alegría y buena volun-  
tad, la apreciara, aumentara y adornara. De esta forma <sup>26</sup>  
sembró Júpiter por el orbe de la tierra su culto religioso  
y proporcionó a los demás un ejemplo a imitar.

27 Así pues, ya fuera Melise, como transmite Dídimos, el propagador de los ritos de culto a los dioses, ya fuera el propio Júpiter, como quiere Evémero, lo que consta, sin embargo, es la época en que los dioses empezaron a ser  
28 adorados. Efectivamente, Melise era bastante más viejo que Júpiter, ya que incluso educó a éste como nieto; por ello pudo suceder que, o bien antes, o bien durante la niñez de Júpiter, instituyera el culto a los dioses, concretamente a Ope, madre de su alumno, a su abuela Tellus, que fue esposa de Urano, a su padre Saturno, y él mismo, con estos ejemplos y costumbres, llevó a Júpiter a tal extremo de soberbia, que éste se atrevió después a asumir para sí honores divinos.

23 Ahora, puesto que ya hemos descubierto el origen de las vanas supersticiones, queda conocer también la época en que vivieron aquellos cuya memoria se recuerda. Teófilo, en el libro *Sobre los tiempos* dirigido a Autólico, dice que Talo manifiesta en su *Historia* que Belo, a quien adoran babilonios y asirios, es anterior a la guerra de Troya en trescientos veintidós años; que Belo, a su vez, fue coetáneo de Saturno y  
2 que uno y otro crecieron en la misma época <sup>185</sup>. Esto es verdad, como puede deducirse con la propia lógica: efectivamente, Agamenón, protagonista de la guerra de Troya, era hijo del bisnieto de Júpiter; Aquiles y Áyax eran bisnietos, y Ulises pariente en el mismo grado; Príamo era pariente más lejano... <sup>186</sup>; pero algunos autores transmiten que Dárdano y Jasión eran hijos de Corito y no de Júpiter

ter <sup>187</sup>; y es que, si no fuera así, Júpiter no habría podido tener relaciones impúdicas con su bisnieto Ganimedes <sup>188</sup>.

Pues bien, si se reparten con lógica los años entre los antecesores de los héroes citados, los números coincidirán: desde la guerra de Troya han pasado mil cuatrocientos setenta años; de este dato temporal se deduce claramente que  
5 hace no más de mil ochocientos años nació Saturno, el cual fue el padre de todos los dioses.

Que no se jacten, pues, de la antigüedad de sus ritos aquellos cuyo origen, razón y época conocemos.

Todavía quedan algunos argumentos de gran valor para  
6 atacar a las falsas religiones; pero ya he decidido poner fin a este libro, para no excederme. Y es que debo tratar  
7 con más profundidad otras cosas, para que, rechazado todo aquello que parezca ser un obstáculo para la verdad, podamos llevar hasta la religión verdadera a los hombres que, inseguros, vagan entre la ignorancia del bien. El  
8 primer escalón de la sabiduría consiste, en efecto, en conocer lo falso y el segundo en entender lo verdadero.

Así pues, aquel que haya sacado provecho de este  
9 nuestro primer libro en el que he puesto en evidencia la falsedad, se verá empujado al conocimiento de la verdad, que es el más agradable de los placeres para el hombre, y será desde ese momento digno de la sabiduría de la disciplina celestial aquel que se acerque, de buen grado y dispuesto, al conocimiento de los demás.